

A large, sun-dappled park with tall trees and people in the background. The sun is shining through the branches of a tree in the upper left, creating a bright starburst effect. The ground is covered in grass and shadows from the trees. In the distance, several people are visible, some sitting on benches and others standing. The overall atmosphere is peaceful and serene.

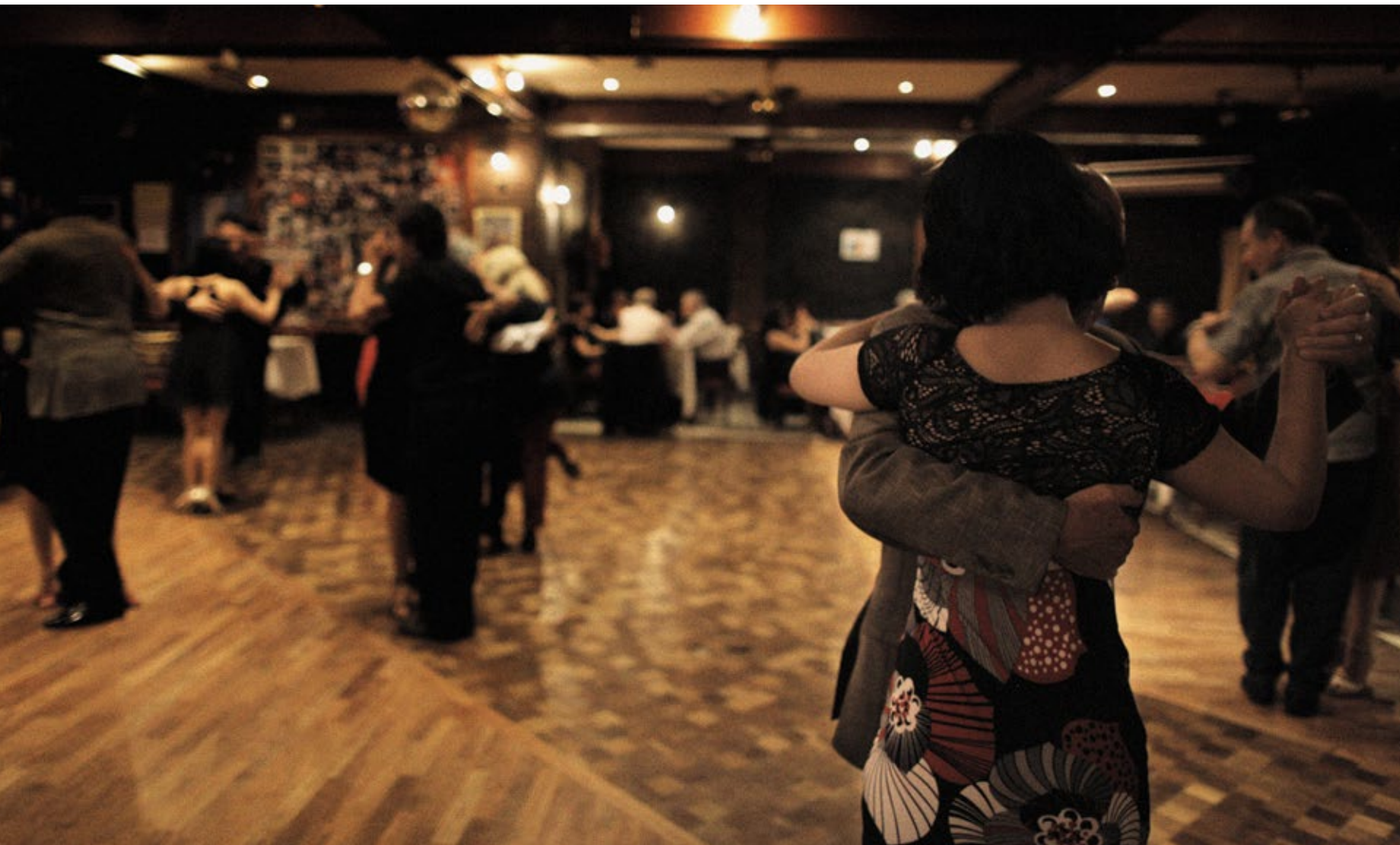
Saavedra

ÉPICA DE BARRIO



Saavedra
ÉPICA DE BARRIO

RUMBO**SUR**



Milonga Caricias.

La épica de ser

Hay que contarle al público,
de cantar se encarga la orquesta.

De Troilo a Goyeneche

Escuchar a los vecinos de Saavedra hablar de su propio barrio te atrapa, te seduce, te moviliza. Las historias que los atraviesan tienen un ánimo común. Los reúnen los valores compartidos, códigos de barrio sostenidos en el tiempo. Rinden culto al “ser vecino”, al encuentro. Los une el trabajo, su ayer fabril, obrero. Los convoca el rey Momo y su fiesta popular, bailando en alguna murga de trajes multicolores al ritmo de bombos y platillos. Marchan juntos también en la adversidad. Cuando sube el agua emerge la solidaridad. La dolorosa historia de inundaciones ha dejado su huella, imborrable en la memoria, pero a cambio fortaleció su conciencia social. Después, la vida de barrio, la calle, la escuela, el club, el fútbol, el bar y el tango hicieron el resto, dándole forma a su épica, a su forma de ser... Es ahí donde está su riqueza, Saavedra desborda pertenencia.

El parque es sin dudas su epicentro, un corazón que bombea identidad. ¿Cuáles son los límites culturales de Saavedra? La frontera es difusa; es que el barrio se ofrece, recibe, contiene, enamora. Capa sobre capa fue asimilando las pulsiones del “progreso”, sosteniendo de pie su idiosincracia, semejante a la de un pueblo. Este presente de expansión inmobiliaria es un nuevo desafío, un llamado al protagonismo, a una integración activa. Interpela el futuro de un barrio que puede y sabe estar organizado para defender aquello que ama: sus espacios verdes, la calidad de vida y su dinámica de barrio.

En este libro nos proponemos simplemente escuchar, porque en cada vecino hay un *Polaco* que cuenta como ningún otro, para después sí, cantar todos unidos en esta hermosa orquesta que es Saavedra.

ASOCIACIÓN CIVIL RUMBO SUR

inv 212909



124. Entrada al Parque Saavedra.

De chacra a barrio

Luis María Saavedra, hijo de Luis de Gonzaga Mariano Saavedra y Tomaza Medrano, nace el 29 de junio de 1829, tres meses después del fallecimiento de su tío, Cornelio de Saavedra.

Los antecedentes del primer título de propiedad de su chacra se remontan al 12 de noviembre de 1831, cuando Ezequiel Maderna vende a don Christen Albertsen de Aroe, originario de Bregninge en la isla de Aroe, Dinamarca, “una población de chacra con casa, corrales, hornos de ladrillo y sangrado que tiene y posee en unos terrenos situados en la Costa de San Isidro”.

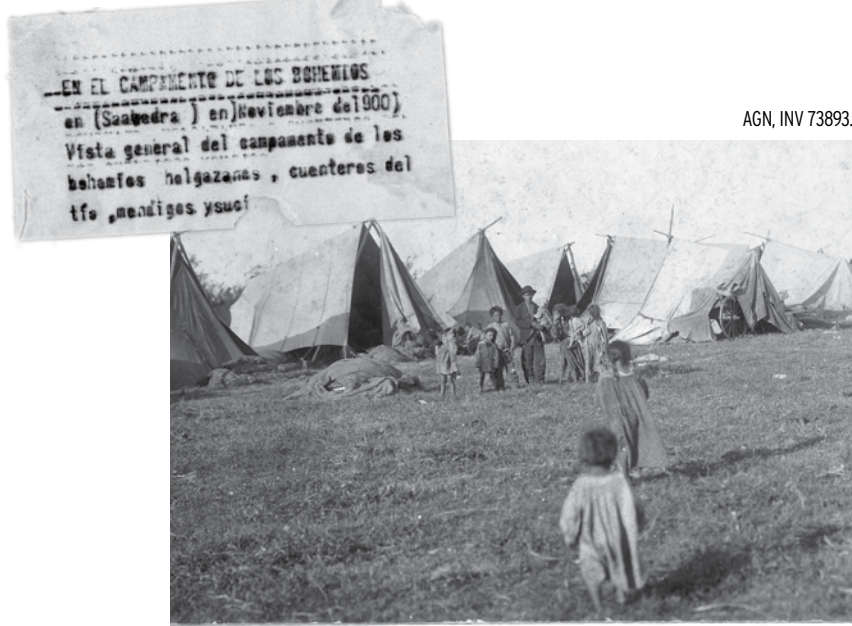
Christen Albertsen de Aroe muere asesinado.

Luis María Saavedra, compra el 9 de agosto de 1864, a los herederos de Albertsen de Aroe, la “chacra con su población y todo lo que a esta testamentaria pertenezca situado en esta Provincia de San Isidro, hoy Belgrano”.

Los títulos restantes dan cuenta de cómo Luis María Saavedra adquiere, en 1871 y 1880, propiedades que habían pertenecido a los hermanos White. Entre ellas la chacra conocida como circo de White, es decir, el predio donde funcionó el hipódromo o circo de White, el primer hipódromo organizado de la ciudad de Buenos Aires, cuyo promotor había sido precisamente Diego White, patrocinado por la “*Foreign Amateur Racing Society*”, sociedad fundada por los residentes ingleses de Buenos Aires en 1849 (sector del parque Sarmiento).

La existencia del “Circo de White” (hipódromo) concluye cuando es arrasado por la tradicional tormenta de Santa Rosa de 1866, que destruyó las tribunas y la pista y mató a varios caballos. En realidad se puede pensar que no fue la célebre tormenta la principal responsable, ya que por la ubicación del Circo en las inmediaciones del arroyo Medrano, se sabe que este desbordó y generó una de sus habituales crecidas destructivas.

La extensa propiedad de Luis María Saavedra contaba con una casa principal, cuya construcción se concreta entre 1870 y 1880. Ejemplo típico de villa de familia pudiente, de arquitectura italianizante, la planta posee la forma de una “u”, con techos de azotea con pretil y un pórtico de líneas corintias. Junto a ella, había



AGN, INV 73893.

dependencias para el personal de servicio, una vivienda para el mayordomo, cocheras, galpones para la cría de toros y caballos, y corrales para ovejas, cabras y cerdos, un hermoso palomar y un tambo. La actividad de don Luis María consistió en la cría de caballos. En épocas de exposiciones, los toros de raza que criaba en su estancia de Arrecifes eran traídos para su puesta a punto en los galpones de la chacra. Las hijas mellizas del matrimonio Saavedra, Estela y Tomasa, se dedicaban a criar aves y llegaron a poseer más de dos mil patos y seis mil gallinas. Luis María Saavedra construye, poco después, un lago artificial y delinea y ejecuta la forestación de un parque en los alrededores de la casa. Por ser la principal forestación del lugar, el eucalipto macho (*eucalyptus globulus*) le daría el nombre a la propiedad: “Chacra Los Eucaliptos”.

Es importante recordar que el 1° de febrero de 1891 se inaugura la estación Luis María Saavedra, en terrenos que el 15 de junio del mismo año son donados por don Luis María Saavedra a la Compañía del Ferrocarril de Buenos Aires y Rosario Limitada. No obstante, el dueño pone como condición que la misma llevara el nombre de Luis María Saavedra, su único hijo varón, fallecido a muy corta edad. Con el deceso del jefe de la familia, el 7 de enero de 1900 comienza a declinar la actividad de la chacra.

En 1936 el Estado Nacional expropia la chacra a la familia Saavedra por medio de la Ley Nacional N° 12.336/36, donde en uno de sus puntos se deja constancia de que las tierras del lado de la capital serán destinadas a parques y paseos públicos.



Repúblicuetas y Constituyentes.

La fundación de Saavedra

El 27 de abril de 1873 Don Florencio Emeterio Núñez arriba a la estación de ferrocarril, que luego llevaría su nombre, en un tren especialmente dispuesto para la ocasión. Desde allí se dirige con una fanfarria de músicos y vecinos por la ex calle Del Ferrocarril (J. P. Tamborini) hasta Arcos, donde tomaron Republiquetas (hoy C. Larralde) hasta la Av. Parque García del Río. Por ese camino siguieron hasta el Paseo del Lago (Parque “Brig. Gral. Cornelio de Saavedra”) donde se procedió a la lectura y posterior firma del Acta de Fundación del Barrio de Saavedra. El barrio lleva ese nombre como homenaje al 1er Presidente del Gobierno Patrio; también fue un momento único ya que ningún otro barrio de la ciudad había sido fundado oficialmente.

El “Paseo del Lago” fue el primer parque público de la Argentina. Le seguiría el “Parque 3 de Febrero” en Palermo.

Finalizada la emotiva ceremonia, la empresa Bullrich dio inicio al remate de los primeros lotes del barrio. En ese momento también se realizaron paseos en góndolas que salían desde el parque y llegaban hasta la actual Av. Cabildo.

Dentro de los límites barriales encontramos a su vez 5 sub-barrios: “Cornelio de Saavedra”, “1° de Marzo de 1948”, “Villa Cerini”, “Presidente Mitre” y “La Loma de Saavedra”. Si bien cada uno tiene características propias, vale destacar al “Cornelio de Saavedra” ya que fue concebido con el estilo de una verdadera ciudad y con el jardín diseñado por el arquitecto Ebenezer Howard. En el barrio “1° de Marzo” vivió el boxeador “El Mono”

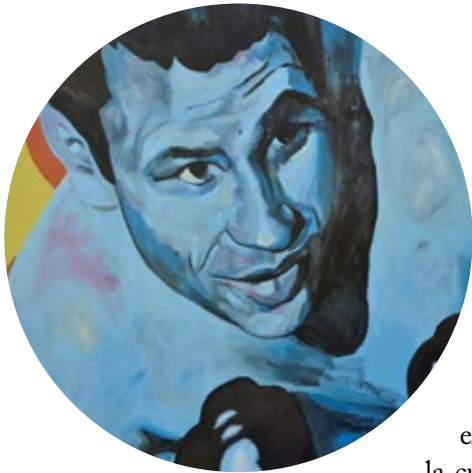
Don Florencio Emeterio Núñez.



Remate de lotes.



Paseo del Lago, actual Parque Saavedra. Almanaque Peuser, 1888.



Mural de Gatica

Gatica en una casa que le regaló Eva Perón. Queda 1 sub-barrio no muy conocido, denominado “Nuevo Asís”. Surgió luego de la construcción de la parroquia “Santa María de los Ángeles” ya que su arquitectura es igual a la de la iglesia de San Francisco de Asís en Italia. Los vecinos llamaban a la zona que se extendía hasta la Av. Congreso “Nuevo Asís”, la cual estaba incluida dentro de los límites de Saavedra. Con la delimitación de los barrios, quedó dentro de Coghlan y aquella reivindicación barrial cayó en el olvido.

Sin dudas los personajes más famosos fueron Roberto “*Polaco*” Goyeneche, quien cuando se iba de gira decía que extrañaba hasta los adoquines del barrio, y Edmundo Rivero. Otras figuras fueron, Xul Solar, Lino Enea Spilimbergo, Magda Frank y Julián Centeya, entre las más destacadas.

Saavedra fue fuente de inspiración para L. Marechal, que situó su “Adán Buenosayres” en este lugar; para A. Bioy Casares, cuando escribió “El Sueño de los Héroes”; para Leónidas Barletta en su “La Ciudad de un Hombre”; para Dolina, que le dedicó un poema titulado “Saavedra, Reserva Ecológica del Alma”; y hasta para E. Galeano y su escrito dedicado al barrio que lleva por título “Leo”.

Su equipo de fútbol estuvo muchos años en Primera División: el Club Atlético Platense (C.A.P.), también denominado “*El Calamar*”.



Vista aérea de Av. de Circunvalación y Cabildo, 1940. AGN, INV 184822.

Autoretrato de Spilimbergo. AGN.

Cuenta con edificios relevantes como: la sede del actual Museo Histórico de la Ciudad “Brig. Gral. Cornelio de Saavedra”, la Casa-Museo de Magda Frank, la Casa-Centro Cultural de L. E. Spilimbergo, la iglesia “San Isidro Labrador” que es una reproducción de la Universidad de Chuquisaca de Bolivia y tiene en su interior frescos de Soldi, la iglesia San Francisco de Asís que es reproducción de la iglesia en Italia, el viejo edificio de la fábrica “Nestlé”, devenido en complejo de viviendas y que aún conserva la chimenea original, una antigua caballeriza que formaba parte de la última chacra que quedaba en el barrio (ubicada en Deheza y Conesa), la cervecería “El Ataúd”, reconvertido en una gomería de la firma Michelin, y llamado así por la particular forma de su construcción, la vieja fábrica de lamparitas Philips, que ahora se usará para ampliar un centro comercial, aunque solo se conservan el edificio de oficinas y la Estación del ferrocarril.

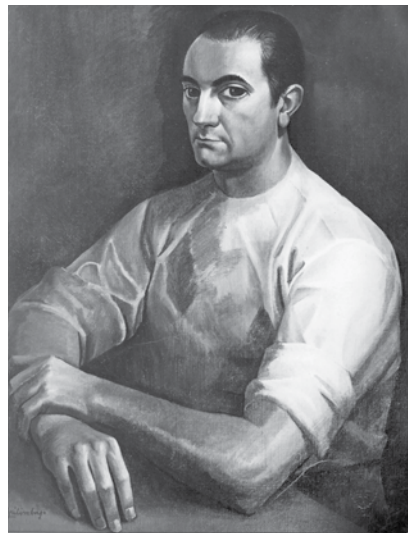
Saavedra se caracteriza también por ser el barrio de la ciudad de Buenos Aires que cuenta con el mayor número de murgas, entre las que podemos destacar: “Los Reyes del Movimiento”, “Los Hijos del Rey Momo”, “Enviciados por Saavedra” y “Los Goyeneches”, entre otras.

Una mención aparte merecen los clubes, además del querido “Calamar”, asociaciones de fomento y bibliotecas populares entre las que se cuentan: Unión Vecinal de Saavedra, Asociación de Fomento Pro Saavedra (hoy desaparecida), Club Villa Cerini, Asociación de Fomento La Loma de Saavedra, Asociación Vecinal Barrio Cornelio de Saavedra, Club Viento Norte, Club Estudiantes del Norte (originariamente llamado Club Atlético Saavedra), Círculo Apolo, Club All Boys de Saavedra, Club Juventud de Saavedra, Club La Estrella, Biblioteca Popular Cornelio de Saavedra, Biblioteca Popular 25 de Mayo y Biblioteca Popular Maestro Alfredo Bravo (demolida en 2015). Y quedan aún el auditorio de conciertos del “Therapeutikum” de Saavedra y el Hospital Privado de Niños, dependiente de la Fundación C.E.N.I.

Entre las industrias más importantes podemos citar a Philips, FATE, RCA Víctor, Nestlé, Tampico (fábrica de cepillos), Vainillas Capri, Pelotas Pulpo y Sedalana.

Todo esto hace de Saavedra un lugar donde aún se conserva el espíritu de barrio, con aires de provincia.

JUNTA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS NÚÑEZ Y SAAVEDRA





Testimonios

Roberto

Aprendió el oficio de su padre y de su tío, dos gallegos que llegaron a Argentina en el 30. “La mayoría de los calesiteros en aquel tiempo eran gallegos. Mi padre era carpintero de oficio y mi tío era aficionado, juntos hacían unos caballitos hermosos. Yo empecé a los 12 años, cuando las calesitas andaban a tracción a sangre y eran ambulantes. Estábamos un par de meses en cada barrio, y en las fiestas patronales de los pueblos por unos días. Lindas épocas. Eran los tiempos del balero, la figurita, la bolita y la payana, así que cuando llegábamos nosotros era todo un acontecimiento. Acá en el barrio de la Philips estuvimos muchas veces, en Correa y Posta, y en Ruiz Huidobro, cuando todavía era de tierra. En 1986 llegué al Parque Saavedra y me quedé. Este barrio es un pueblo dentro de la ciudad. He estado en muchos barrios, pero gente buena y dada como acá, hay en pocos lados.” La calesita está en el parque desde el 52. Roberto venía de chico desde Florida a jugar a la pelota con sus amigos al mismo parque en donde hoy es calesitero, y se acuerda de cuando estaban los leones en la entrada y del reloj de arena. “A pesar de las edificaciones, y del shopping, alrededor del parque sigue siendo barrio. Hasta hace 10 años, para ir a tomar un café tenías que irte hasta Cabildo, hoy hay muchos barcitos alrededor del parque. Está lindo, iluminado y cuidado.” Roberto está convencido de que mientras existan chicos la calesita no va morir, pero cree que ha decaído mucho el público en relación a cuando llegó: “Hoy un chico de 7 años se disfraza de grande y no sube. Yo me acuerdo de chicos de 13 años con rodillas percutidas, que demostraban que eran unos capos jugando a la bolita y que para la sortija eran aguerridos. Por esta calesita vi pasar 2 o 3 generaciones de chicos, fácil. Hoy los chicos que ya son grandes me visitan”, sonríe. Uno de sus 3 hijos es calesitero. “Yo quería que estudiara, pero él eligió lo que le gusta. Creo que todos deberíamos vivir de lo que nos gusta. Y, mirá si le gustará, que se hizo un tatuaje con la pera de la sortija en el brazo.” Roberto se siente un afortunado por poder vivir de su pasión. No tiene vacaciones, excepto el día que llueve. No gana plata y tuvo que sostener su oficio de herrero toda la vida para seguir teniendo la calesita, pero no reniega de eso, ni de la inundación que le estropeó todos los juegos en 2013: “Nunca pensé en irme. Siempre digo que yo termino acá.”



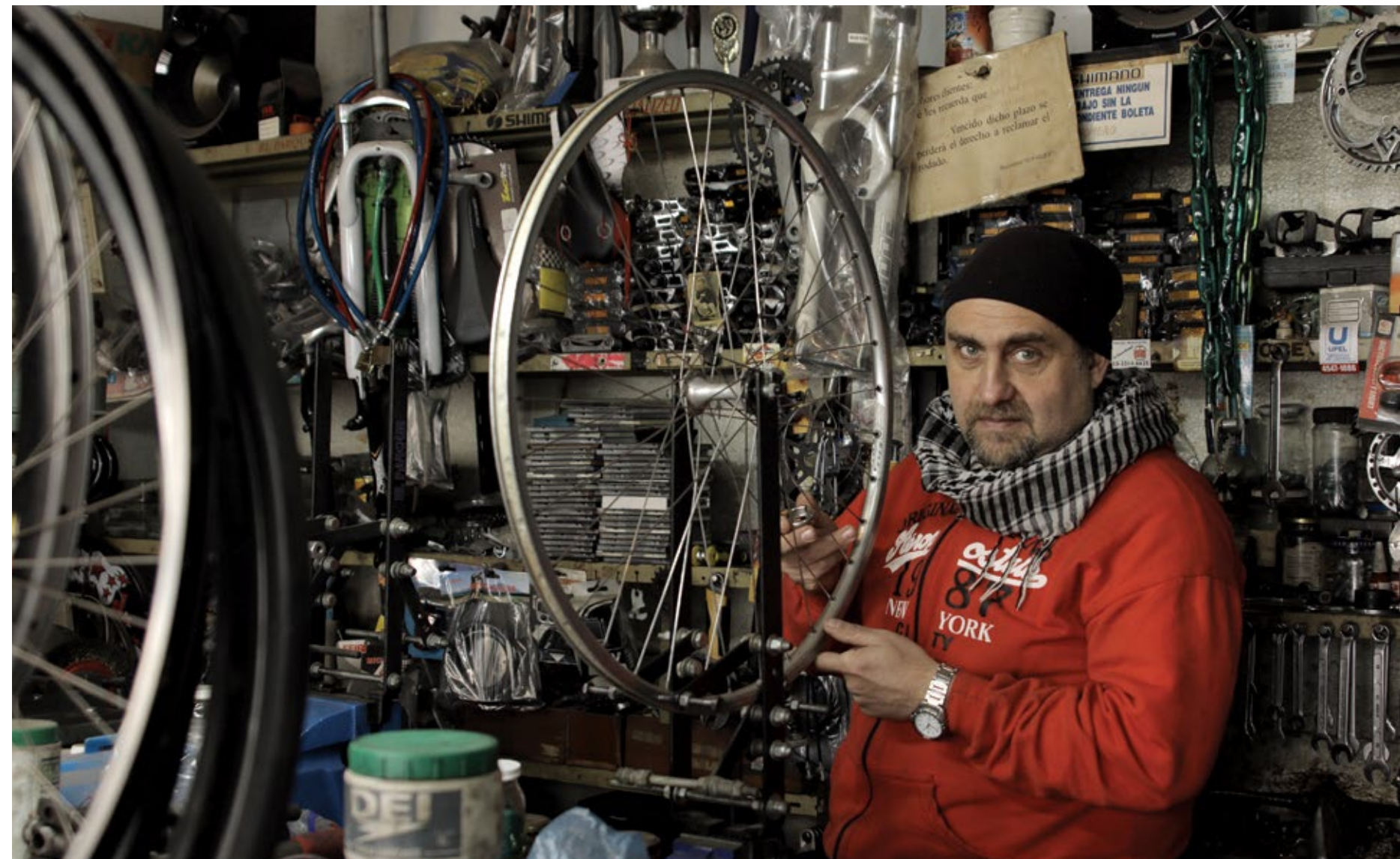


María

“Mi esposo nació en el barrio. Nos conocimos estudiando, nos casamos y desde el 78 estoy en Saavedra. Antes, con los vecinos nos conocíamos todos. Con mi marido íbamos al Spilimbergo a hacer talleres literarios o a bailar tango. Siempre tratábamos de hacer todas las cosas en el barrio. Ya siendo padres, en la misma cuadra éramos varios vecinos que teníamos nenes chiquitos y nos juntábamos a bailar el sábado a la noche en alguna casa. Nos divertíamos mucho y los chicos también. Era familiar, no salíamos tanto hacia afuera. Llevábamos a los chicos al colegio, con otros vecinos, todos juntos. Éramos muy unidos. A veces un vecino es más importante que la familia que vive lejos. En los carnavales jugábamos con los baldes y las bombitas en la vereda. En las fiestas nos reuníamos después de las 12 a festejar navidad y fin de año. Fue una época muy alegre, los chicos vivían su niñez en la calle, sin tanta tecnología como hay ahora, con más esparcimiento y creatividad. Era otra la vida.” Mari es bibliotecaria desde 2005 en la Cornelio Saavedra. “Desde los colegios y las bibliotecas, en pareja pedagógica, trabajamos para incentivar a los chicos. Es como volver otra vez al barrio, porque hoy mis nietos van a la par que los nietos de los vecinos de esa época, entonces nos reencontramos. En el Parque Saavedra se junta gente de mi edad y más grande a recordar viejos tiempos y bailar folclore, al lado de la calesita. Es muy lindo ver ese espíritu que hay de ganas de vivir, de superarse, de divertirse, es admirable. El barrio se transformó totalmente. Antes estaba la fábrica de medias París, había tiendas, mercerías, carnicerías, almacenes... todos vecinos que ya no están. Vinieron bares nuevos con otra impronta y, al haber más edificios, hay mucha gente joven nueva. Con mi vecina todavía vamos juntas a hacer las compras a la feria, nos encontramos en Atilano a tomar algo, charlamos de nuestros hijos, de las cosas que pasan en el barrio. En los carnavales vamos a la calle Pinto con todos los vecinos, los nietos y nos divertimos. Tratamos de participar en todo lo que sea barrial. Saavedra es un lugar único, hermoso, de gente solidaria, inteligente, luchadora. No hay como este barrio. Mis hijos siguen viviendo acá. Ni pensamos en irnos, porque el barrio está en el corazón de uno y toda la actividad que uno desarrolló y fue construyendo sigue viva en el barrio.”

Daniel

“Bicicletería del parque” funciona en la casa donde Daniel vive desde los 3 años, cuando llegó de Rosario con sus padres, en el 73. “Cuando llegué al barrio los chicos todavía salíamos a jugar al ring raje y a tirarle bombitas de agua a los colectivos en carnaval. En las noches de calor, los vecinos sacaban la silla a la vereda. Me gustaba tomarme el 76 de noche e irme a Chacarita a comer pizza de parado a Imperio. El colectivo pasaba por la puerta de la casa de Goyeneche en la calle Melián, me acuerdo de verlo sentado en la vereda y que los colectiveros le tocaran la bocina. Saavedra conserva un poco esa humildad, esa idiosincrasia. Hoy esas cosas han desaparecido porque la vida cambió. Con el boom inmobiliario, donde antes había una familia ahora hay 10. Acá cerca había una casa de estilo francés, preciosa, en donde han hecho cuatro cajas de zapatos apiladas una arriba de la otra. Añoro la fisonomía del barrio de cuando uno era chico. Yo adoraba a Casimiro, panadero de ‘La Salamanca’. Cuando falleció el lugar cambió (el local sigue, pero a veces no son los lugares, sino las personas). Más allá del progreso inevitable, todavía no nos dejamos atropellar por la modernidad, tenemos un barrio lindo, tranquilo, con una vecindad sana.” Daniel arrancó con la bicicletería en el 89. En el 98 cerró y tuvo 2 bicicleterías más en el barrio, hasta que en 2011 volvió y reabrió. “Acá atendí a chicos que hoy son hombres. Cuando vos le arreglás la bicicleta a alguien, te lo agradece toda la vida. La bicicleta tiene algo único: es vivencial, porque es uno mismo quien la anima, la comprende y le da vida. Saavedra es un barrio muy ciclista. Hay un circuito callejero que abarca Balbín, todo el frente del Parque Sarmiento, Triunvirato, en donde está el Club Sirio Libanés, la curva de Larralde, y desemboca en la colectora de la Gral. Paz. Es un triángulo de 5 km. Vos vas un domingo y parece el Tour de France porque se arman varios pelotones. Es un espectáculo ver al ciclista con el ‘disfraz’ y, a la velocidad que va... cuando pasa el pelotón parece que pasa un tren. El público de la bicicletería fue variando. He tenido hombres grandes que ya no pueden andar, o han fallecido, y eso te entristece, pero también llegan chicos nuevos, y te alegran. La vida es una rueda y permanentemente necesita de esa renovación.





Equipo de Fútbol de Club El Tabano, 1955.

Club Social El Tabano

“Allá por el 30, los pibes que jugaban a la pelota en la calle, y molestaban a los vecinos, decidieron fundar un club. Haciendo pequeños bailes y ‘asaltos’ fueron juntando dinero y alquilaron una casa por un par de años hasta que se mudaron a Melián e Iberá, donde estuvieron 30 años. Pero había que ponerle un nombre al club: ‘Los luchadores de Saavedra’, ‘Los vengadores de Saavedra’... Había uno de ellos que estaba leyendo el diario *Crítica* del periodista Natalio Botana, y en la portada decía algo de Sócrates: ‘Dios me puso sobre vuestra ciudad como el tábano sobre un noble caballo, para picarlo y mantenerlo siempre despierto.’ Eso es lo que tenemos que hacer nosotros, picar para estar siempre despiertos. Por acá pasó mucha gente muy importante: Alberto Castillo, Ángel Vargas, Enrique Campos, Aníbal Troilo, Sandro, Oscar Rovito (Tarzanito), Hugo del Carril... Lino Spilimbergo, extraordinario, vivía acá a dos cuerdas. Edmundo Rivero, que se vino a Saavedra. Y Goyeneche, que es distinto, porque es propio del Tábano. Incluso, en un baile conoció a su esposa, Luisa”, cuenta Héctor Bisconti.

“El club se fue formando sobre 4 pilares: la familia, los amigos, el tango (uno de los valores fundamentales) y el fútbol. Acá almorzamos con los amigos, jugamos al truco, comemos, nos reímos, pasamos el tiempo felices. Lo que le aportaron los clubes de barrio a la sociedad es increíble. Nosotros éramos chiquitos y vivíamos en el club. De acá salieron Julio Cozzi (arquero de la selección argentina), El Marqués Rubén Sosa (Racing), Croa y Frágola (Platense), Luisito Maravilla y José Díaz (Excursionistas). En cuanto al futuro, nos preocupa la sucesión. Estos clubes necesitan tiempo y nosotros estamos grandes. No tenemos muchos sucesores. Vos antes vivías dentro del club y pasabas a formar parte de la comisión naturalmente. Hoy la gente viene a tomar las clases y se va. Llega un momento en que hay que dar lugar a los más jóvenes. La Orquesta Tábano Club es un grupo de gente joven. Ellos están integrados, y con ellos tenemos una esperanza. Estamos haciendo nuevas obras y brindando nuestros salones a la comunidad, que es lo más importante”, dice orgulloso Chiche Molina. ¡El Tábano sigue picando!



Chiche y Bisconti

“A los 8 años fui a jugar papi fútbol al Tábano de Melián. El nombre del equipo era *Y quién lo diría*. Pasé la mitad de mi vida fuera del país jugando al fútbol profesionalmente. Al nuevo Tábano volví hace más de 15 años, y la primera vez me atendió Bisconti. Saavedra era divino, de casas bajas, higueras, jardines con naranjas, que cuando entrábamos a sacarlas los vecinos nos corrían. Con mi mamá iba a comprar a las quintas de Balbín la verdura por nada. Yo me crié en el parque con el arroyo a la vista, los leones, el puente levadizo, la calesita... en el centro del parque había una fuente que en verano se llenaba de agua y nos bañábamos ahí, y en invierno se patinaba. Como el arroyo circundaba todo el parque, se entraba por el puente, y a la noche se levantaba y no podía entrar nadie, como un castillo”, rememora Chiche junto a su amigo Héctor, que se suma: “Este barrio es único. A uno le gustaría volver 40 años atrás. Lo sigo viendo solidario, familiar, pero hay cosas que se han perdido... había honra, códigos, principios. Antes se respiraban la solidaridad, el amor, la fraternidad... eran otras épocas, de bohemia, cine, teatro, fútbol, básquet, boxeo... era un auge terrible.”

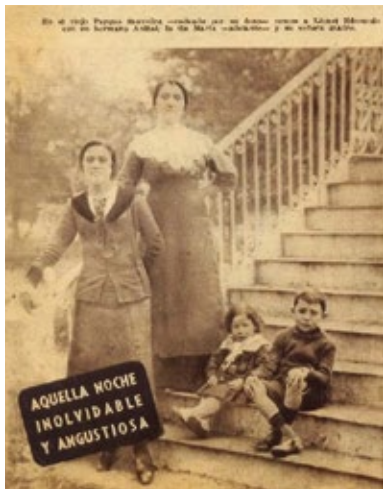
Chiche nos regala parte de su anecdótico: “De Saavedra salió el dicho: ‘se armó una trifulca’. Los Trifulca vivían en Larralde y Roque Pérez, eran pesados. Cuando se armaba lío, la gorda sacaba un revólver. Salían los Trifulca y volteaban a todos. También ‘Andá a cantarle a Montoto’, quien era gerente de Platense y cuando iban a cobrar no pagaba nunca... Gerardo y Aristides Lafranconi eran los dueños de la Pulpo que estaba a una cuadra de mi casa. Todos los lunes iba a la tarde. Yo al arco, ellos pateaban. ¡Todos los lunes con una pelota Pulpo nueva! Los pibes jugaban todo el día a la pelota, pasaba un bondi cada hora y pico. En la esquina de casa había un policía al que le gustaba el tango con locura. Con los muchachos poníamos una fonola en la esquina y el cana nos enseñaba a bailar. Con él aprendí las salidas del tango, es hermoso”. Héctor recuerda al “Mono”: “Los dos fanáticos de Gatica, fuimos a ver todas sus peleas, un ídolo extraordinario. Te lo encontrabas con la señora en el cine Aesca o el Cumbre. Siempre con perfil bajo. Cuando iba al Luna Park se transformaba, y en el ring si podía te destrozaba. Acá en el barrio era uno más.”



Edmundo Rivero

8 de junio de 1911 - 18 de enero de 1986

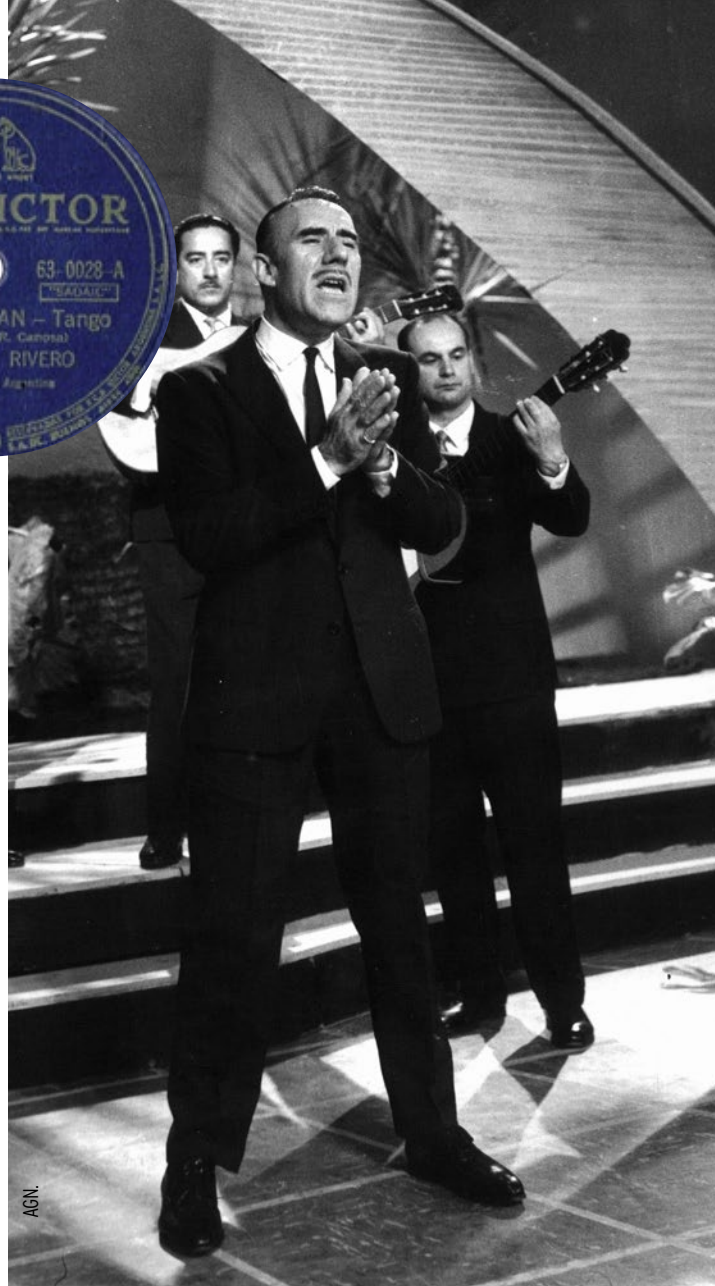
Vivió su primera infancia en pueblos bonaerenses, acompañando a su padre ferroviario. Criado en el barrio de Saavedra, se formó en la música clásica, estudiando canto y guitarra en el Conservatorio Nacional de Belgrano. En sus comienzos, junto a su hermana Eva, interpretaba música española y temas clásicos. Como cantor de tango se inicia con José de Caro y en 1935 se une, con su característico registro de bajo y su estilo aporteñado, a la orquesta de Julio de Caro. Seguirían las de Emilio Orlando, Humberto Canaro, Horacio Salgán y Aníbal Troilo. En 1969 inauguró el local El Viejo Almacén, que se convirtió en uno de principales centros tangueros de la Ciudad de Buenos Aires.



Edmundo Rivero en Parque Saavedra.



Edmundo Rivero y el Polaco Goyeneche.



Roberto "Polaco" Goyeneche

29 de enero de 1926 - 27 de agosto de 1994

Pasó su infancia en la casa de Av. del Tejar 3050. "Él disfrutaba mucho de Saavedra, salía a la calle y conocía hasta los adoquines", recordaría su esposa Luisa. (*Clarín*, 28/08/2004). Alternó su trabajo de cantante con otros oficios: Chofer de colectivos de la línea 19, taxista y mecánico. En 1944 ganó un certamen de voces nuevas, organizado por el Club Federal Argentino. Se vinculó más tarde a la orquesta de Raúl Kaplún. En 1954 lo convoca Horacio Salgan, y registra en RCA sus primeras grabaciones. En 1956 se une a Aníbal Troilo. Seguiría su exitosa carrera con otros referentes, destacándose la grabación con Astor Piazzola de "Balada para un loco" en 1969. Era fanático de Platense.



A los 8 años. AGN.



AGN.





Luisito

Dejó su La Rioja natal persiguiendo un sueño y se vino a Capital a los 16 años. “Mi nombre completo es Hermenegildo Luis Ortiz. Todo lo que quise en mi vida fue ser un gran mecánico, así que me vine a Buenos Aires a estudiar. Me compré una valijita de cartón, me subí al tren y me acuerdo que tardé casi 40 horas en llegar a Retiro.” En el 88, Sara, su mujer, de la que enviudó hace poco, lo ancló al barrio, a la casa en la que hoy sigue viviendo. “Cuando llegué a Barrio Mitre, era un barrio de casas chicas. Quedan muchos vecinos antiguos, gente de edad que todavía vive acá, pero mucha gente se fue. Trabajé en la curtiembre de la General Paz durante 20 años y cuando me despidieron, me convertí en mozo del Belgrano Rugby durante veintipico de años más hasta que me jubilé”. Se le ilumina la cara cuando recuerda: “Antes bailaba tango, no había milonga en la que no parara. Así conocí a mi mujer. Después empecé a ir al Centro de Jubilados del Parque Saavedra a jugar a las bochas. Ahí integré la comisión, con más de 300 asociados, pero ahora está caído y voy acá cerca a otro, en la calle Holmberg. Juego al truco, al chinchón, y también al tejo... Este barrio es la cuna de la murga. A la gente le gusta bailar y se acopla. Yo nunca me acoplé, pero me gusta ir a ver cómo bailan.” Su mirada se empaña cuando recuerda las inundaciones. “La pasamos muy mal. Todo el barrio, no solo yo. Fue algo terrible. Nosotros nos salvamos con la vieja porque, por suerte, estaban los nietos. El tema empezó despacito y después no nos dio tiempo a nada, el agua empezó colarse por la ventana, por atrás, y llegó a dos metros y medio. Esas veintipico de horas fueron trágicas. La lluvia se llevó todo. Cuando abrimos la compuerta, lo que quedaba ahí era lo que teníamos. Pero lo más triste fue que fallecieron personas. Nunca nos había pasado algo así... tuvieron que pasar casi 4 años para levantarnos. Que lavandina, que detergente, metías la espátula en la pared y se caía todo. El agua y el fuego son siempre difíciles, pero cuando no tenés cómo defenderte, peor... La muchachada estuvo muy macanuda, trabajó, peleó. Los vecinos esa vez estuvieron firmes. No se le puede pedir más a la gente. Después de tanto sacrificio, uno tiene un amor por este barrio.”

Escuela Dorrego

En 1907, poco antes de su inauguración, la Escuela Dorrego funcionó como un destacamento sanitario. En su origen fue una escuela de niñas, y se hizo mixta hacia la década del 60. Ricardo es maestro desde hace más de 30 años y la vida lo fue llevando por distintas escuelas hasta llegar a Saavedra. Desde 2015 es su director titular. “Hoy tenemos 327 chicos y chicas, muchos cuyos padres y abuelos vinieron a la escuela, son la tercera generación que la transita. Hay una especie de trasvasamiento de anécdotas, de aprendizajes, y también de cariños, qué género la ‘Dorrego’ en el barrio. La escuela es un espacio de vida, donde sucede aprendizaje, y es muy querida por los vecinos. Además de su historia, hay algo que me atrapó particularmente, y es que dentro del predio tenemos un árbol que, según el mito popular, tiene 140 años y está desde antes de que se construyera el edificio. Los chicos caminan entre las raíces que sobresalen, juegan bajo la copa recibiendo la resina que cuando está en flor cae y alfombra el patio de hojitas amarillas. Es muy emocionante ver que apoyan sus manos sobre un tronco en el que seguramente sus padres y sus abuelos también apoyaron sus manos en la infancia. El barrio configura un espacio de naturaleza dentro de la ciudad. Cuando me mudé a Saavedra elegí vivir cerca del Parque Sarmiento y de la General Paz. Sobre la colectora de la General Paz hay un pequeño triángulo verde que defendimos con los vecinos. Tenemos el Parque General Paz, el Parque Saavedra acá nomás, a 3 cuadras de la escuela. Saavedra es una zona de frontera. La capital queda lejos, el centro queda lejos, estamos más cerca de Vicente López que del centro, y el barrio todavía sostiene el espíritu de barrio. Esta idea de la periferia, de las orillas, a mí me agrada porque conserva, y a su vez actualiza, algo que no es una cuestión nostálgica sino que es una cuestión también de los bordes de la ciudad, los caminos que son puentes, que unifican. Cuando decidí retirarme, decidí hacerlo acá en este espacio, que es un lugar de tránsito, en el mejor sentido de la palabra transitar, porque hay algo del tránsito que genera nuevas posibilidades para que otros las sigan transitando. Esta escuela está habitada por historias y yo estoy feliz de vivir parte de mi historia docente aquí.”





Plantación de árboles nativos con miembros del Grupo Scout Santa Margarita.

Vecinos por la ecología

Somos la primera ONG barrial de la Comuna 12 dedicada exclusivamente a la temática medioambiental. Formamos parte de la Asamblea Permanente por los Espacios Verdes Urbanos y, junto a otras organizaciones vecinales, conformamos la red “Queremos buenos aires”. Somos más de 100 organizaciones de la CABA y del Gran Buenos Aires en defensa de los espacios verdes públicos y del Patrimonio.

Durante más de 10 años se realizaron muchas actividades. Se destacan las intervenciones en las audiencias públicas en defensa de los espacios verdes y contra la instalación de bares en plazas. La protección de la pista de atletismo del parque “Presidente Sarmiento”, preservando el espacio para los atletas y los miles de chicos de escuelas cercanas. Nuestro foco está puesto en la educación como la herramienta fundamental para lograr nuestros objetivos y concientizar a los ciudadanos. La problemática de los residuos es una preocupación constante e hicimos actividades para concienciar sobre la importancia de la separación en origen y hacia un consumo más responsable. Desde 2007 plantamos árboles nativos. El objetivo es recuperar la flora originaria de Buenos Aires para atraer a mariposas, aves y otros componentes del ecosistema perdido, educando al vecino y a quienes pasan y leen el cartel identificatorio. Plantamos más de 130 ejemplares. Hacemos salidas de observación de aves, principalmente al parque Sarmiento y al Gral. Paz. En convenio con Aves Argentinas, creamos el 1er Club de Observadores de Aves de la Ciudad de Buenos Aires llamado “Taguató”, acercando la naturaleza a vecinos de todas las edades. En 2015 presentamos el proyecto de ley para declarar al Tala (Celtis tala) como “Árbol Representativo de la Ciudad de Buenos Aires”. Seguimos con la Orquídea del Talar y la Mariposa Bandera Argentina, que se encuentran protegidas por las leyes n° 5.337 y 5.925, respectivamente.

Creemos firmemente que el cambio comienza por cada individuo. Para eso debemos educar y concienciar a las personas, en especial a los más jóvenes, porque serán ellos quienes heredarán un planeta, quizá más empobrecido en especies, pero con la esperanza de que podrán revertir mucho del daño acumulado.

Círculo Apolo Machaín

Jorge es socio del club desde que su padre lo afilió cuando apenas tenía horas de vida, y desde hace 8 años es el presidente. “En el 36 se inauguró el Club Apolo, en el 71 se unió con el Club Saavedra y el Machaín, y así nació el Círculo Apolo Machaín Saavedra. El viejo club ocupaba toda la esquina, a través de los años se achicó pero salimos adelante. Somos un bastión para el barrio, un lugar para los chicos y las familias. Nos criamos en este club. El Apolo era conocido por sus fiestas de carnaval ‘8 Bailes 8’. Mi viejo era el primero en llegar y el último en irse. Las mesas eran tablones de madera con familias enteras. Recuerdo a un socio que traía un colectivo de la línea 29, nos cargaba a todos y nos llevaba a dar vueltas por Palermo. La niñez, la adolescencia y la juventud fueron hermosas en este club. Ya siendo más grande, me tomaba un vermouth con mis amigos. En el 47, una mujer ganó por primera vez en ciclismo barrial en los juegos deportivos que creó Eva Perón. Todavía tenemos la copa, un orgullo. Acá tocaron las mejores orquestas: D’Arienzo, Troilo, Pugliese, Di Sarli y Roberto Goyeneche, que vino invitado por una orquesta como ‘un tipo que cantaba lindo y era colectivero de la línea 19’. Tuvimos de vecino casi toda su vida a Edmundo Rivero. No lo querían en las orquestas. Hubo gente que le dijo ‘dedíquese a otra cosa’. Fue Pichuco, Troilo, el que un día le dijo ‘¿quiere grabar conmigo? tengo un tango para estrenar’, y le dio *Sur*. Se grabó acá en Saavedra, en la RCA Víctor, en el 48. El barrio creció mucho en fábricas, estábamos rodeados, acá trabajaba todo el mundo. Teníamos 2 cines. En el *Cumbre*, en Avenida del Tejar, daban los estrenos y, en el *Aesca*, daban cine continuado. Siempre estaban llenos. Todo eso se fue perdiendo, con la llegada del shopping, que debe ser muy lindo, no lo discuto... es el progreso. Yo viví toda la vida en la misma casa, acá a 2 cuadras. La hicieron mis abuelos italianos en el 23 y ahí nació mi madre. Fue la primera de la cuadra, si la vendiera, vendería mi historia y, así, el barrio dejaría de ser barrio. Lo emocionante para los que vivimos toda la vida acá es salir y saludarte con la señora que sale a barrer. Yo creo que eso se va a mantener, porque la gente le inculca a sus hijos que se queden y los chicos se quedan. Si querés vivir tranquilo, escuchar los pájaros piar a la mañana, el olor de los tilos y las flores, es Saavedra. Yo no lo cambio por nada.”





La estrella del norte

“La panadería es de 1905. La gente venía a caballo a comprar el pan, cuando las calles todavía eran de tierra, y los repartos se hacían en un carro tirado por un burro. Por eso, se la conocía como ‘la panadería del burro negro’. Fue una de las primeras del barrio y hoy es la más antigua. Hacemos el pan en el mismo horno que había en 1905. Solo hubo que arreglarlo una vez. No lo cambié nunca por un horno rotativo, aunque me abarataría la producción. Acá tiene que venir la gente todos los días a amasar y a cocinar, pero el gusto del pan es otro, es más más sano. Gracias a Dios trabajé siempre bien, dos de mis hijos trabajan acá conmigo.” Delma celebra haber criado en Saavedra a 7 hijos. “Siempre fue un barrio muy tranquilo. Los chicos iban a la plaza, al Parque Saavedra, a jugar a la pelota o a nadar a la pileta de Platense. Menos el mayor, todos viven acá y siguen siendo hinchas del club. Saavedra sigue siendo bien barrio, de saludarte con los vecinos, de preguntarte cómo estás, de ayudarte. Es un barrio solidario no solo para los de siempre, sino también para los que llegan. Al tener una panadería, una mantiene un trato cotidiano. Tenemos la misma gente todos los días.

Cuando yo llegué era un barrio de obreros, de trabajo en fábricas. Mucha de la gente que conozco estudió en la Raggio, unos son carpinteros, otros maestros mayores de obra, de artes gráficas. Hoy las fábricas se fueron corriendo hacia la provincia pero aún queda la fábrica de bañaderas sobre Zapiola. Había una imprenta muy grande, una fábrica de matafuegos, una de soda, otra de un tal Jorge que vendía telas y retazos, y la farmacia de la esquina que todos los años nos pedía cocinar el lechón. Cuando llegaba fin de año, las fiestas eran bien de barrio. Sacábamos la mesa afuera, venían los vecinos y brindábamos con todos. Lo mismo en los cumpleaños: en la casa de un vecino, o en la casa de otro. Hoy sigue siendo barrio, pero no el de aquella época. Había muchos italianos y españoles que se han continuado en hijos y nietos, aunque muchos en la época de Menem vendieron sus casas y se fueron.” Delma sigue aferrada a su lugar, orgullosa de su oficio y de su descendencia. “Tengo 15 nietos: la mayor cumplió 25 años y el más chiquito tiene 3. En el barrio hice patria. Mi vida está en Saavedra.”

Eduardo

Fue arquero de Platense desde el 68 al 79, y con esa misma pasión se dedicó a la educación física toda la vida. “De chiquito iba a la cancha de Platense, en Pedraza y Crámer, y veía salir del túnel a todos mis ídolos. A los 5 años ya me escapaba a jugar a la Philips, y un día mi viejo se cansó y me llevó a probar. A los 16 empecé a entrenar y a los 18 debuté en primera. El año en que salimos campeones, Enrique Topini me entrenaba a mí solo por las noches. En nuestro grupo yo era el más chico; estaban Morelli, Orlando, Pavón, el Mono Petti... Lo del 76 fue una sensación indescriptible: salir campeón jugando en el club de tus ídolos no tiene parangón. Fue una época hermosa. Nosotros éramos, sobre todo, hinchas.” Eduardo recuerda con nostalgia las calles de barro, la zanja en Ramallo en la que se juntaba a jugar. “Nos embarrábamos todos y después nos quedábamos 2 horas esperando a secarnos para entrar por la puerta de atrás, porque nuestras viejas ¡nos mataban! Para ir al Parque Saavedra tenía que escaparme y cruzar Ruiz Huidobro, que en aquel tiempo no estaba asfaltada y todavía pasaban los carros. También íbamos al Parque Sarmiento a pescar ranas. Los domingos a la mañana juntaba cuatro palos de escoba, los pintaba de blanco y nos íbamos a jugar al Parque General Paz, a lo de Lombardero, después de la misa. Pasé una infancia espectacular. Mi papá era zapatero y los chicos venían a arreglarse los botines a mi casa, en La Loma, a una cuadra del Barrio Mitre. La Philips era nuestro hogar. Creo que todos los que nacimos por ahí la pasamos muy bien de chicos, sin grandes lujos, con muchos límites, pero con muchísimo afecto. No había discriminación, era una cosa de ida y vuelta. Yo iba a las casitas y ellos venían a mi casa. Nunca sentí miedo, nos criamos felices. Hoy voy a la casa donde crecí, en Tronador y Deheza, y me tiemblan las piernas. Me endeudé hasta el cuello para tener esa casa. Mis abuelos la hicieron en el 33 cuando no había nada. En esa cuadra nos conocemos todos. Ahora me toca otra etapa de jubilado, ya no puedo entrenar como querría, pero ¿qué más se puede pedir? Nací en Saavedra, salí campeón con mi club en Saavedra. Estoy tranquilo. Todavía sigo dejando la puerta abierta. Estoy bien, estoy bien con la gente, y me quedo.”





Club Platense

El club Platense fue fundado en 1905 por un grupo de jóvenes que, para recaudar fondos para comprar los primeros elementos, apostó y acertó al ganador de una carrera en la que triunfó un caballo llamado Gay Simón perteneciente al stud “Platense”. Un 25 de mayo se eligieron autoridades. El ideador y modesto fundador Antonio Meraggia simplemente aceptó un cargo de vocal.

Los terrenos donde Platense tuvo su primera cancha (allí, después fue construido el Parque Japonés), eran muy bajos y fácilmente se convertían en una verdadera ciénaga. Difícilmente podía ganárseles cuando la cancha estaba fangosa. Eran los ases del barro. Cubiertos de lodo, desde los pies a la ca-

beza, fueron bautizados por la “hinchada” con el apodo de “Los Calamares”.

En 1911 se trasladaron a Manuela Pedraza y Blandengues (Av. Libertador). En 1917 se alquilaron los terrenos de Cramer y Manuela Pedraza para construir su mítico estadio, jugando allí por última vez el 26 de septiembre de 1971, cuando el Calamar derrotó a Newell's 2 a 0.

El estadio de Vicente López se inauguró el 22 de julio de 1979.

Partido en el viejo estadio de Saavedra, 1970.



Molino en Parque Saavedra.



El Cine Teatro Cumbre fue un ícono barrial entre las décadas del 30 y el 70.



Esporcimiento



Imagen aérea del emplazamiento del estadio en Saavedra.



Julio Cozzi, el arquero del siglo, en el estadio de Cramer y Pedraza.

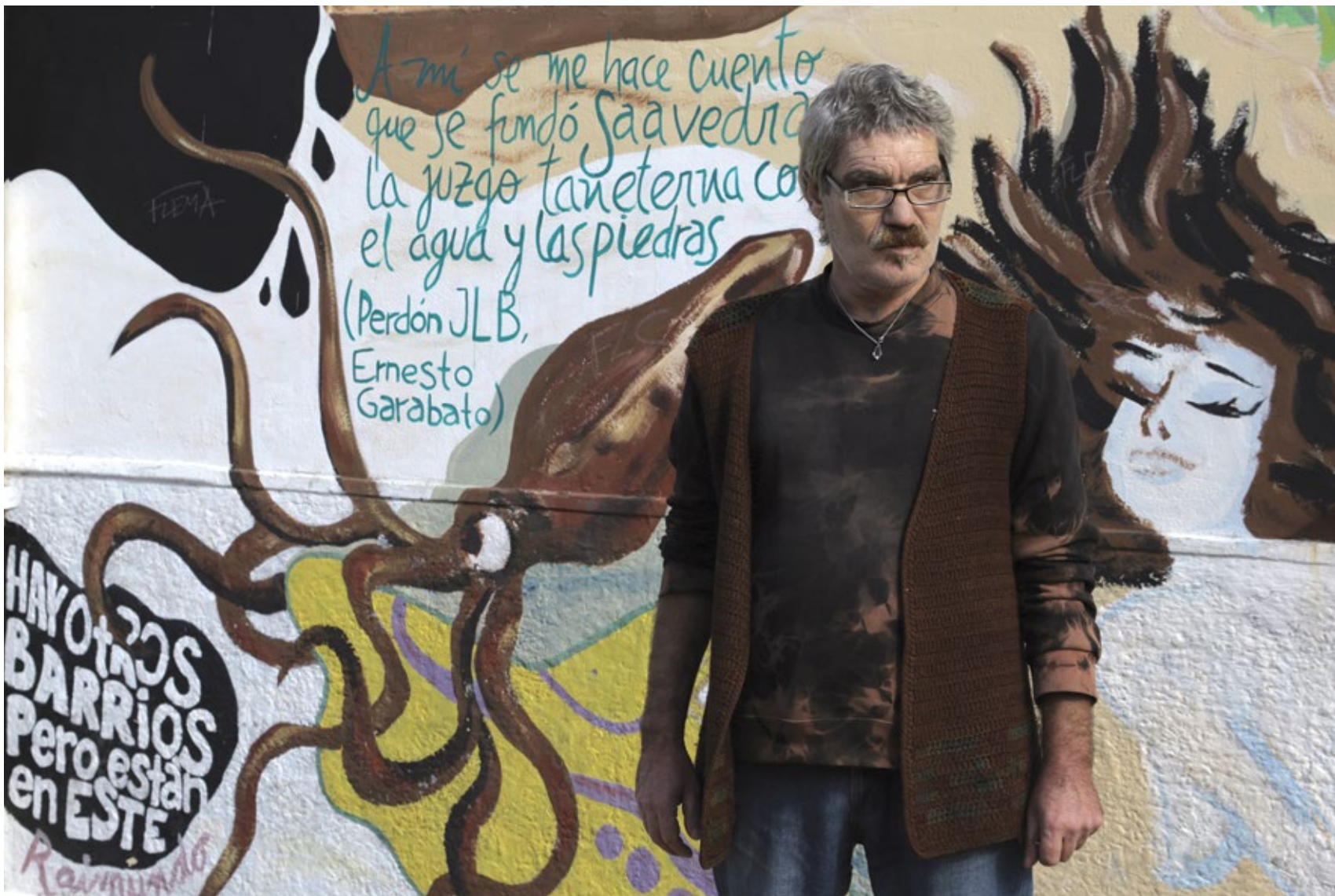


La Calesita del Parque General Paz, se inauguró un 19 de septiembre de 1943.



Cine AESCA. AGN.

GRAN FESTIVAL INFANTIL
CINE TEATRO "AESCA"
AV. DEL TEJAR Y TRONADOR A LAS 8.45 HORAS
PROGRAMA



Ernesto

La fachada de su casa en la calle Paroissien, la misma en la que nació, hace homenaje al barrio. “Mis padres llegaron de España e hicieron pie en esta casa. Mi madre puso un despacho de pan en la esquina, a una cuadra del Parque Saavedra, el ombligo del barrio. Para los nacidos y criados en Saavedra, el parque es nuestro jardín. Tuve una infancia atorranta: andaba mucho por la calle, nos metíamos en las casas abandonadas y en el Arroyo Medrano, por las escalinatas. De adolescente jugué al fútbol en Platense, y a los 18 años me tocó hacer la colimba.” En 1985 Ernesto abrió “Todo al pelo” a la vuelta de su casa. Local que fue y sigue siendo mucho más que una peluquería: “Acá nació el primer club de ajedrez del barrio, una revista, ‘La luna de Saavedra’, un colectivo de artistas, ‘Saavedra se lee’.” Es un punto de encuentro para los grupos de vecinos que se forman a medida que aparecen las causas: “Vecinos Inundados”, “Defensa y Resistencia del Parque”, “Vecinos del Parque”, “No al túnel”, son algunos de los grupos del barrio que Ernesto integra. “Saavedra es un barrio que, a las empresas constructoras, cuando lo miran en los planos y ven todos esos manchones verdes, se les cae la baba, pero acá tenemos una añeja tradición de resistencia. No todos los barrios se organizan para resistir los avances del cemento. Hay una red entre los vecinos y tenemos buena gimnasia de defensa. El barrio hoy está más poblado pero conserva los parques, las plazas, los clubes... Yo no me lo puedo imaginar lleno de edificios”.

Ernesto le ha escrito mucho a su barrio: poesías, letras de murga y tango. “Que vengan los Reyes del Movimiento y me pidan una letra es un honor. La murga es algo bien de acá, en ningún otro barrio hay 6, y los que somos murgueros nunca vimos bailar a nadie como al Pantera Reyes. Saavedra conserva sus tradiciones, la adoración al Polaco, a Platense... y es una cosa rara, porque la hinchada canta ‘de Saavedra soy’, y el club nunca estuvo en Saavedra. Con ese criterio, el Polaco tampoco habría sido nuestro, pero él mismo decía que era saavedrino e hincha de Platense. Nosotros descreemos de los límites del barrio. Son los que cada uno cree que son. He vivido en otros lados, pero siempre volví. Si a mí me sacás de Saavedra, me falta el oxígeno.”

Eliana

Llegó de Chile a los 16, un par de años después de la inauguración del Barrio Mitre. Lo que en principio sería una visita temporal a sus tíos, se convirtió en toda una vida. Se casó, tuvo 3 hijos y no se fue más del barrio: “Esto era una ciudad aparte, era una cosa hermosa”, recuerda. “Para Reyes, la Philips traía un circo para los hijos de los operarios y, a la vez, para todo el barrio. Me acuerdo que los domingos íbamos caminando al Parque General Paz a tomar mate. Había juegos, hamacas y era todo césped.” Como muchos otros vecinos, Eliana trabajó y se jubiló en la Philips: “Entrábamos a las 3:30 de la mañana. Cuando sonaba el silbato salía una cantidad de gente impresionante. Nosotras éramos un grupo de 6 o 7 vecinas que íbamos juntas a trabajar a la fábrica. Cuando fue el golpe de estado, si nos habrán parado para ver adónde íbamos... Me acuerdo que nos acompañaban casi hasta la fábrica.”

Vive con su hijo mayor, en la misma casa desde que llegó. Nunca quiso edificar, aunque reconoce que las segundas plantas resultaron cruciales en la inundación del 2 de abril de 2013: “Hemos tenido muchas, pero ninguna fue tan grande. El vecino de al lado vino con la escalera por el patio y me sacó por la ventana para llevarme a la planta de arriba de su casa. Esa inundación fue feísima, perdimos todo.” Pero la memoria del barrio está signada por buenos recuerdos, por la alegría de la murga y de los carnavales: “Antes los carnavales se hacían en ‘la calle de en medio’: cada uno llevaba su sillita, te comías un choripán, la gente bailaba, era muy lindo.

Ahora se hacen en la Avenida Balbín, pero ya no es como antes. Con las construcciones el barrio cambió muchísimo. El Dot nos sacó todo el sol.” Aún así, para Eliana, su barrio, sigue siendo en esencia un barrio tranquilo, de gente trabajadora: “A nosotros nos da rabia que nos digan ‘villeros’, porque esto no es una villa. Nosotros acá tenemos luz, gas, teléfono, agua corriente... Desde que me jubilé, a la calle no salgo más que para buscar el pan, baldear y charlar con mi vecina. Tengo a los policías en la puerta, ya me conocen y me saludan. Vivimos tranquilos.”



La calle de ‘en medio’, Barrio Mitre.





Cecilia

Llegó a la Cruz Roja de Saavedra en el 92, lleva la mitad de su vida dedicada al voluntariado y hoy es la Coordinadora de la filial, que tiene cerca de 250 voluntarios. “Esta filial nació en 1921, como un comité de damas. En sus orígenes funcionó como estación sanitaria, con consultorios médicos y de vacunación. Hoy en día cambiamos nuestra visión asistencialista por una cultura de generar capacidades en las personas. Dentro del barrio, hemos hecho capacitaciones y charlas en escuelas, como República de Turquía, y en clubes, como All Boys Saavedra y Platense. Desde el año 2010 trabajamos en Barrio Mitre, haciendo promoción de la salud. Visitamos 90 casas semanalmente. Son vecinos que en general viven en la zona desde que se fundó. Es un barrio muy solidario, porque ha sufrido a lo largo de los años muchas inundaciones. La de 2013 fue devastadora. Recuerdo que la primera reacción de los vecinos fue ayudarse entre ellos a evacuar. Algunos cortaron rejas y rompieron puertas para rescatar a los que estaban atrapados en sus hogares.” Cuando la Cruz Roja censó en 2010, la cantidad de habitantes rondaba los 3.000 y hoy se habla de casi el doble. “La estructura del barrio fue cambiando, llegó el metrobús, hay más colectivos, más movimiento, se pavimentaron cuadras que antes eran de adoquines, pero sigue siendo un barrio con mucha música y mucha alegría. Los vecinos se conocen y conocen la historia de todo el mundo. A veces, cuando hay alguna actividad fuera del barrio, les cuesta salir, porque acá tienen todas sus necesidades cubiertas. Buscan no irse lejos, hay un sentido de pertenencia muy arraigado. Es un barrio que tiene la murga muy instalada. Nosotros hemos brindado primeros auxilios en los corsos de febrero, articulando con la murga Los Reyes del movimiento. Algo que notamos es que para el carnaval, con meses de anticipación, los vecinos ya están cosiendo sus trajes. Muchos vecinos de la zona cercana a la filial pasan por esta esquina y recuerdan que hace 50 o 60 años se venían a vacunar. Siempre surgen anécdotas: alguno te cuenta que su madre o una tía estudió enfermería acá, y empieza la charla. La sede está próxima a cumplir 100 años. Todavía me veo unos años más acá, es mi segunda casa. La mayoría de nosotros hace mucho tiempo que trabajamos juntos, así que somos como una gran familia.”

Scouts Santa Margarita

Lucas es el mayor de 4 hermanos, nacidos y criados en Saavedra, y desde 2015 es jefe de grupo de los Scouts de la Parroquia Santa Margarita, en Villa Cerini. “Mis viejos fueron scouts en Coghlan, en la Parroquia Santa María de los Ángeles. Mi papá retomó cuando se fundó este grupo en 1993. Ninguno de mis hermanos ni yo nos interesamos siendo chicos. Ya grande me fui de campamento, acompañando a mi viejo, y me terminé enganchando. El scoutismo fue la manera que encontré de vivir mi fe, uno puede discutir de todo, pero hay algo a lo que no hay con qué darle, que es hacer algo por el otro. El objetivo es que cada uno de los chicos potencie o descubra habilidades propias. Eso y la educación en valores son los pilares del movimiento, además de brindarse a la comunidad como un lugar de contención. En la inundación de 2013 el grupo laburó mucho y el salón parroquial se llenó, hubo mucha solidaridad de los vecinos, todos los días venía gente que se repartía entre su trabajo y el tiempo libre, para ayudar. No hace falta irse lejos para hacer algo por el otro, acá a la vuelta podés tener a alguien que te necesita. Todos los sábados nos reunimos 96 personas entre chicos y adultos. Hemos plantado árboles autóctonos con *Vecinos por la Ecología*, damos talleres de todo tipo y actividades en plazas abiertas al barrio. Desde que nací, siempre me moví por Saavedra, de la casa en la que nací en Holmberg y Ruiz Huidobro a la zona de la Estación Luis María Saavedra, de la estación a Villa Cerini... Acá, en la zona de la parroquia, no han llegado aún grandes edificios. Fue lindo crecer acá. Era tranquilo. Recuerdo con 4 años que mi abuela me mandaba a hacer compras pavotas. Eso hoy no lo veo más. Cuando en Donado no estaba la Avenida Goyeneche y eran todas casas —Cacciatore, derrumbó muchas para hacer una autopista que después no se hizo nunca—, con los pibes nos juntábamos por ahí, en esos parques y plazas, a jugar a la pelota. Me acuerdo que se veía la marca de las escaleras en las paredes de lo que habían sido casas. El Parque Saavedra también fue siempre un lugar de juego y hoy todavía siguen estando los jubilados con las bochas. Tenemos mucho verde. Esperemos que no se pierda nunca. Somos muchos los que vivimos acá desde que nacimos y no nos vamos más. Para mí nos atornillan al piso, no sé qué pasa”, concluye riendo.



Inundados

“La del 85, y la de 2013. No me olvido más. El agua llegaba hasta un metro y medio. Barrio Mitre era como una olla, la gente perdió todo. Y no murió más gente porque ahora hay primeros pisos, así se salvó la gran mayoría. Fue terrible: el agua sobrepasaba las compuertas y entraba por las ventanas.” PABLO

“Antes, Cramer, cuando llovía, al ser bajada se llenaba de agua de vereda a vereda, parecía un río. Como me gustaba el barrio, en ese momento no pensé en irme. Me dije: en algún momento va a pasar”. DELMA

“Ni te quiero hablar. La pasamos mal, muy mal. Todo el barrio, no solo yo. Todo el barrio. Fue algo terrible, terrible. Nosotros nos salvamos con la vieja porque estaban los nietos en la escalera... empezó despacito, y despacito empezó a filtrar. Después no nos dio tiempo a nada. Acá pasaron casi 4 años que no pudimos hacer nada; lavandina, detergente, vos metías la espátula en la pared y se caía todo. Acá no apareció nadie. La muchachada muy macanuda, trabajó, peleó. Los vecinos esa vez estuvieron todos firmes. No se le puede pedir más a la gente.” LUISITO

1930. Vecinos vaciando un sótano en una casa de Saavedra. AGN.



“Acá vi 4 inundaciones. Han hecho un reservorio en el Parque Sarmiento y en las últimas mejoró. Yo acá vi 2 metros de agua. La de 2013, fue la más brava. Me estropeó todo, me quemó todos los motores, las plaquetas. El gobierno me ayudó, aunque no del todo. Nunca pensé en irme. Siempre digo: iyo termino acá!” ROBERTO

“En el 85 hubo dos inundaciones muy grandes. Acá estaba el agua hasta más de la cintura. No había luz, no había gas, y tardó como una semana en bajar el agua. La del 2 de abril de 2013 fue muy rápida. Estábamos durmiendo y la perrita que teníamos se paró al lado de la cama a las 5 de la mañana y no paraba de ladrar, como insistía me levanté, y ya el agua había entrado por todos lados. En el jardín teníamos conejitos, habían cortado la luz, era de noche y yo decía “tengo que ir a rescatarlos”, mi marido no me quería dejar pero salí, y a los que encontraba los iba poniendo en una mesa afuera. Pobres, estaban desesperados. La calle era un río. Me acuerdo que los nenes de acá al lado, como la madre trabajaba de noche, lo tomaron como un chiste, salieron a la calle a jugar a la pelota y yo les gritaba “¡no, chicos!”, desde la escalera, pasamos horas sentados ahí.” MÓNICA



Ruiz Huidobro y Lugones. 2012.

“La del año 2013 fue devastadora, estuvimos ahí durante y después. Implementamos ‘La vuelta a casa’ con entrega de kits para posibles emergencias, productos de limpieza, colchones, agua. Fue tanta la repercusión en los medios locales, nacionales y el boca a boca entre los vecinos, que se llenaron las 14 aulas que tiene la filial de donaciones. La primera reacción de los vecinos fue ayudarse entre ellos a evacuar, sobre todo a muchas personas mayores que tenían dificultades de movilidad, a embarazadas y a menores. Incluso cortaron rejas y rompieron puertas para rescatar a personas que se encontraban atrapadas en su hogar.” CECILIA, CRUZ ROJA

“Nos marcó muchísimo la inundación de 2013. Más de un metro y medio de agua y 6 muertes... el apoyo de los vecinos resurgió como un ave fénix, de la nada, porque Saavedra estaba destruida.” SOLEDAD.

“Todo está guardado en la memoria. El inundado es, fue y será un inundado. Una vez que el agua entró en su casa y en su vida, irrumpiendo imparable, marcó la fragilidad y la vulnerabilidad del inundado para siempre.” ERNESTO



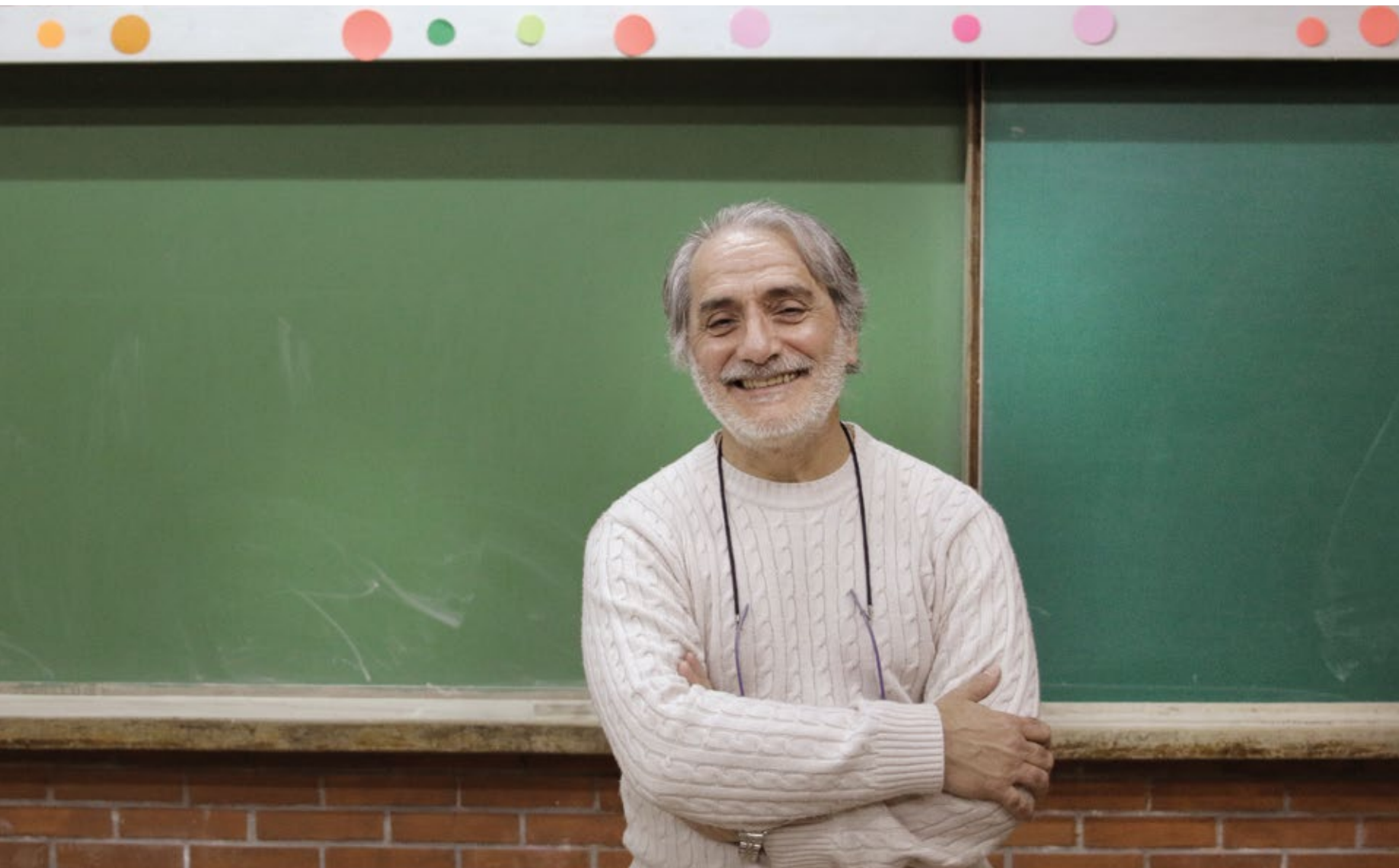
Inundación en 1912. Pedraza y O'Higgins, Núñez. AGN

“Cada vez que llueve fuerte tenemos miedo. Se perdieron vidas y se perdieron muchas cosas que el agua se lleva y son irrecuperables. Se perdió historia del barrio y cultura. Eso hay que volver a reconstruirlo. Acá en la biblioteca todos los vecinos nos vinieron a ayudar.” MARI

“La inundación del 85 es una de las primeras memorias que tengo de mi vida. Tengo el recuerdo de estar sentado en los hombros de mi papá, caminado en la calle Holmberg, mirando que el agua no me tocara las zapatillas. Ahí mis viejos decidieron irse. Con la de 2013 me acuerdo de despertarme a las 6 de la mañana. Y no entendía muy bien nada. Sentía un río corriendo por la puerta de mi casa. Me asomé al balcón y, efectivamente, había un río corriendo por la puerta de mi casa. Mi abuela no se murió ahogada de casualidad. El salón parroquial estaba lleno de cosas. Fue muy importante la solidaridad de los vecinos. No paraban de venir cosas, de pasar gente a ayudar, todos los días de la semana. En esos momentos también se ve la miseria humana al extremo, gente que venía a usar esta situación para publicitarse. Hoy llueve fuerte y mi mamá no duerme.” LUCAS

Vecinos inundados autoconvocados, Asamblea Saavedra, en una protesta.





Miguel

Llegó al barrio en el 85, con la inauguración del Centro Cultural Spilimbergo, a cargo de un taller de Iniciación Musical para niños. Motivado por los padres que se quedaban entretenidos viendo las clases, abrió un taller de Canto Comunitario para adultos, “Sueños en la voz”, que sigue activo con 40 talleristas desde el 86 hasta hoy. Durante casi 30 años *enseñó a enseñar* en la Cátedra de Didáctica Musical de la Escuela de Música Juan Pedro Esnaola, en donde se jubiló. “Me gusta la gente del barrio, es gente muy cálida y muy comprometida. Los vecinos que vienen al taller dejan el alma y el cuerpo. Me gusta vivir acá porque soy un tipo de barrio y, así como mi Almagro natal, este es un barrio fundamentalmente tanguero y con tradición. Hay muchísimas cosas que se mantienen: la Biblioteca Popular Cornelio Saavedra en García del Río, la Biblioteca Popular y Sociedad de Fomento que está en Avenida Balbín, por ejemplo, son lugares emblemáticos. En Saavedra hay olor a barrio: están los adoquinados, las vías del tranvía, los puestos de la feria en el Parque Saavedra el fin de semana... para mí es siempre una fotografía y un viaje en el tiempo constantes. Está el feriante de toda la vida, con el que charlás y siempre algo te recomienda, pasás por un bar y lo ves a ese mismo señor sentado a la misma hora tomando su vasito de lo que sea, fumándose un cigarrillo y leyendo el diario. El saavedrino tiene la historia escrita en la piel y es un tipo genéricamente muy solidario, que está atento a lo que necesitás y te da una mano. La actividad comercial y la identidad histórica de la zona de la Estación Luis María Saavedra, en donde vivo, se mantienen hasta hoy. Creo que el túnel es importante para el barrio y, además, es muy lindo porque homenajea a dos de nuestros personajes más tradicionales, que son El Mono Gatica y El Polaco Goyeneche, pero cuando yo llegué era otra cosa. Creo que le cambió la fisonomía al barrio. Hay una contracara, cruzando las vías del tren: Yo salgo de casa, paso para el otro lado, hacia el Coto y veo la estación Saavedra de antes.” La docencia hizo que Miguel se viniera a vivir a Saavedra hace ya 20 años. “El taller de canto comunitario se mantiene como tal desde su comienzo, y lo digo con cierto orgullo. Tengo mi corazón puesto en el barrio.”

Melina

“Mi abuelo vino de Siria con su familia cuando era chiquito, en la década del 30. Se instalaron en la vieja Avenida del Tejar y Plaza, cuando no había más que 4 o 5 localcitos y las calles eran de tierra. Tuvieron una verdulería, después una pizzería, Don Juan, en la que trabajaron mis padres. Todos los comerciantes de Saavedra se conocían entre ellos. Un cliente del bar se acordaba que cuando mi abuelo tenía la verdulería y la gente no tenía para comer, él les daba. Son cosas que yo no sabía, y que te lo cuente un vecino es emocionante. En el centro vos sos un cliente más, acá, si no vas por unos días, te preguntan cómo anduviste, y no porque te vayas a comprar a otro lado, sino por el interés de saber cómo estás. Si vos pasás por un local y ves la persiana baja, le preguntás a algún vecino que pasó. Todo se sabe, desde un lugar no del chusmerío, sino de la mirada interesada por el otro. Es como que no es 100% Capital. Con mi familia vivíamos al lado del Parque Saavedra, así que de chica, si no estaba en la casa de una vecina, o en la vereda, estaba en el parque. Antes solo estaba la calesita, no estaba tan lleno de cemento y biciesendas como hoy. Llegaba el verano y nos instalábamos con mis amigas días enteros en la pileta de los Scouts de San Jorge. Los fines de semana la gente era contada, sabías quién era quién, dónde se juntaban... Este bar antiguamente fue una bicicletería. Mi hermano Juan y su amigo Jorge, ambos hinchas de Platense, le pusieron Brown en honor al club. Yo soy su mano derecha y empujé desde el comienzo. Confiamos en que va a ir bien, es una zona que se está poniendo muy linda, cerca de Cabildo, con el hermoso boulevard de García del Río... Antes no había tantos edificios como ahora, pero con más edificios hay más demanda. Esta zona tiene un público más joven o que recién llega. Nosotros somos jóvenes, con ganas, y siempre vivimos lo que es la cultura del trabajo. La gente del barrio está contenta con el proyecto, es gente que te conoce, que conoce a tu familia. Sigue habiendo conexión entre la gente. A veces, las cosas que pasan acá son atemporales en comparación con la vorágine del día a día en la ciudad. A pesar de que el barrio crece, muchas casas se mantienen con hijos y nietos. Eso fue heredándose. Todos en mi familia seguimos viviendo en el barrio. No nos gusta la idea de irnos, porque es un sentimiento que está arraigado. Los que conocen el barrio se quieren quedar.”





Centro Cultural Spilimbergo

Walter llegó a Saavedra con 10 años: “Hice la primaria en la escuela Rodolfo Senet, al lado de la vieja cancha de Platense, en donde hoy está el Poli. Los sábados jugábamos al fútbol. En cada placita de García del Río había una barra: los de Moldes jugábamos contra los de Zapiola. En mi adolescencia se hacían los clásicos asaltos en las casas. Los carnavales en el Club All Boys eran todo un acontecimiento. Íbamos al cine Cumbre que estaba donde hoy es el centro neurálgico del barrio, y el Lido, donde te pasaban películas en continuado. Al lado del Puente Saavedra, donde hoy hay una gomería, funcionó mucho tiempo El Cajón, un restaurante con una historia única. Me la contó Alberto Piñeiro, Director del Museo Saavedra: mientras estaban velando al dueño de la casa, se levantó y se sentó en el cajón. Por ese hecho mandó a construir en su propiedad una casa con forma de cajón”, se ríe. “El Parque Saavedra es el fondo de nuestra casa, y lo lindo es que lo seguimos disfrutando, no está enrejado y podemos salir de noche a pasear. Al mismo tiempo, está todo muy cambiado: hay muchísima actividad y se está llenando de barcitos y negocios que le dan otra dinámica a la zona. La sociedad va mutando con la tecnología y las nuevas construcciones.” Desde 2009, Walter, es el coordinador del Centro Cultural Spilimbergo, que funciona en la Escuela del Barco Centenera desde 1986. “Para muchos, nosotros somos la nocturna de la escuela. Por el centro pasan 1.400 vecinos todos los meses, desde los 6 años hasta los 90. Cuando se mezclan las generaciones y todas participan de una misma actividad se crean una mixtura y una energía indescriptibles... La gente se va de acá contenta y empieza a compartir cosas con el vecino afuera. Los centros barriales y los clubes son los espacios en donde se sigue manteniendo viva la esencia del barrio. Hacemos un trabajo social muy importante. Acá el vecino encuentra un lugar de comunión con el otro. Cada día que pasa es una fiesta y la gente lo agradece. Eso vale más que cualquier cosa... Saavedra es la tierra del Polaco, de Edmundo Rivero. El que vive en Saavedra no se quiere ir. Saavedra es todo. Tenés que vivir acá para entenderlo. Tenés que compartir un día en el parque y ver a la gente que se lleva su sillita, se junta a tomar mate, a jugar al fútbol, a cantar con la guitarra...”

Soledad

“Un día, en 2004, no podría explicar cómo, caí en Saavedra. En esa época estudiaba y trabajaba en relación de dependencia. Quería formar mi familia y hacer algo mío, un proyecto propio. La conjunción de mis pasiones fue hacer una revista barrial, y salí a la calle a buscar anunciantes.” Al año nació *Industria Argentina*, a pulmón, con el apoyo de los negocios del barrio. Hoy se distribuye en más de 200 comercios en forma gratuita y lleva más de 70 ediciones. “Cuando empecé con la revista, encontré algo que solo conocí en Saavedra, y que es el amor del vecino por el barrio. Hay componentes que ayudan: algo de la nostalgia del tango y de sus letras, una potencia que vibra debajo de las baldosas, y que todos los que caminamos sus calles recordamos, como si El Polaco, Garello o Rivero siguieran vivos. Uno vuelve de cualquier viaje o de cualquier lugar de la ciudad misma y siente una paz al llegar... Es como sentirse abrazado por el barrio, y no solamente por el barrio, sino también por los vecinos. Creo que la calidad de vida y ciertos valores que tienen que ver con la mirada al otro, con el contacto cara a cara, con la comunión y el sentido de pertenencia, acá se siguen valorizando. Es por eso que, ante una inundación o una obra, los vecinos salimos disparados a defender el barrio, cada uno desde su lugar. Nos unimos, nos potenciamos y reivindicamos el laburo de vecino. Yo digo que el ‘vecino profesional’ es el que está atento a lo que el otro necesita, y acá en Saavedra eso sucede. Mis dos hijos nacieron acá y no me puedo imaginar su infancia sin el Parque Saavedra. Es un oasis y un punto convergente en donde los chicos son felices.” Soledad no es la primera en mencionar *la lomita* como un punto de encuentro icónico dentro del parque. “Saavedra es salir a la calle y caminar el empedrado, ver las casas viejas, las plazoletas que están alrededor, la placita de Donado, la plaza Balcarce, la Mackenna; plazas que son corazón y que están ahí, entre toda esa arboleda... Es único. Hay pocos barrios con tanto espacio verde. Conocer Saavedra a fondo para mí fue un viaje de ida, y he escuchado a muchos vecinos decir lo mismo, porque cuando llegás, no te vas más. Hay algo que te retiene, como un imán.”

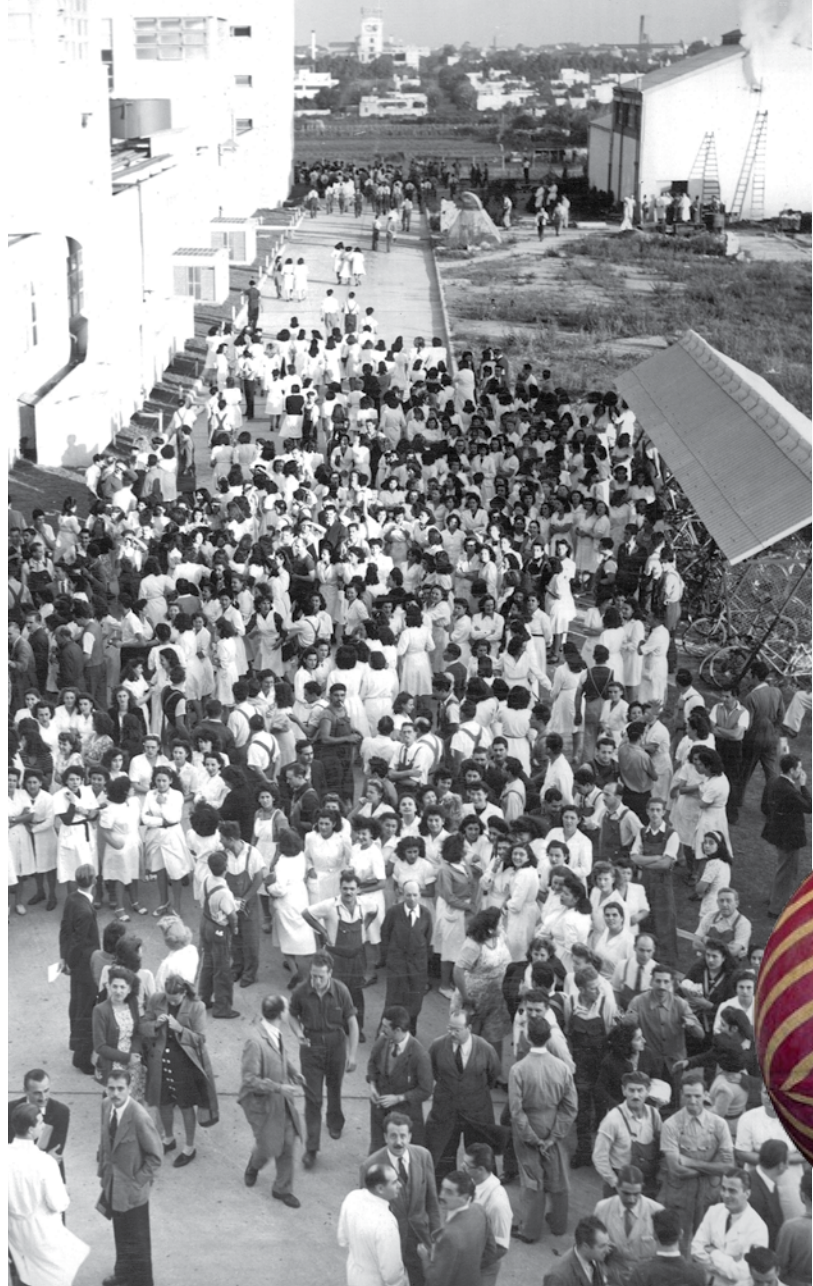


Vista del edificio de la fábrica Philips desde General Paz. AGN, INV. 237256.



Fabrica de Nestlé en Núñez y Tronador, 1938. AGN.

Personal fábrica Philips.
AGN, INV. 237280.



Colocación en la matriz del disco del "bizcocho de pasta" ablandado en el horno lindero. AGN.



La pelota Pulpo se fabricó en Saavedra desde 1936.

Vista aérea de la planta fabril de RCA Victor en Saavedra. AGN, INV. 252950.



Montaje de parlantes en RCA Victor. AGN.



Publicidad del combinado Garganta de Oro.



Hector

Vivió toda su vida en el límite entre Belgrano y Saavedra. Su memoria es un mapa de calles y de historias. “Soy terrible hincha de Platense. Yo vivía a 4 cuadras del club en la época de Julio Cozzi y el Mono Honores. Estaba ‘la borrachería’, la cancha de fútbol y, después, se inauguró el velódromo, donde a los 8 años iba a andar en bicicleta. Al lado estaba la quinta Mayón. Con mi hermano nos metíamos debajo del alambrado y arrancábamos tomates. Mi tío me llevaba al Parque Saavedra a pescar bagres y mojarritas. Había unos puentes que unían las calles. Teníamos los leones, un lago en medio del parque donde daban vueltas las góndolas que venían desde Libertador hasta acá, y el tranvía a caballo. En esa época la única empedrada era Freire. Donde hoy es el Parque Sarmiento estaba la Quinta Saavedra, donde iban a hacer el zoológico. En Acha y Av. del Tejar, estaba la fábrica de parlantes Leea. Teníamos la RCA Víctor, que hacía los famosos combinados Garganta de Oro. En Amenábar y García del Río estaba Mendizábal, el inventor del Mendicrim. En donde hoy está la estación de gas en General Paz estaba la carpintería de un tío y al lado estaba Aguas Gasificadas Saavedra. No me tengo que olvidar de la Philips y la Nestlé... de la fábrica de cubiertas de coche Fate, en Superí y Larralde, que llegó a tener 160 mil operarios... de Pelotas Pulpo, que era una fábrica muy chiquita, donde un polaco un día inventó las famosas pelotas rayadas. Recuerdo el Bar Quitapenas, en donde estuve más de una noche con el Polaco Goyeneche, que manejaba la línea 19 y la 34. Cómo cambió la vida... Me acuerdo que, antes de que sacaran los tranvías, me tomaba la línea 30 para ir al colegio industrial en Boedo, y tardaba 20 minutos. Ese era nuestro barrio... ¿Por qué lo amo tanto? Por todos los momentos que vivimos, por todas las cosas que hicimos y las que nos falta hacer. Todos somos solidarios, lo hemos demostrado con la última inundación, y ahora, peleando por la planta de recuperación de residuos que quieren hacer sobre la Av. Roberto Goyeneche. Hace menos de un año que me fui a Pilar. Estoy en un lugar con todo el confort habido y por haber, pero extraño terriblemente mi barrio y siempre estoy volviendo. Puedo decir que con los ojos cerrados lo camino por todos lados.”

Despensa 1º de Marzo

Carmen llegó de Asturias hace 50 años junto a su marido Joaquín. “Primero alquilamos y después compramos. Siempre fue despensa, desde antes que llegáramos nosotros. El nombre se lo puso el señor Varela, un gallego que edificó aquí hace casi 100 años... Mi marido murió hace poco. A él le gustaba mucho este barrio. Nosotros siempre teníamos las puertas abiertas. Por acá pasaba el lechero con el carro a caballo. A veces, en el verano, venía algún vecino y se sentaba con mi marido a charlar, a lo mejor hasta las 11 de la noche. Teníamos todas las estanterías llenas de vino, licor, vermú, jamón serrano, había de todo. Había muchos españoles: una vecina que tenía una fiambrería, por ejemplo, y don Julio el carnicero, cuya madre venía y se sentaba aquí con su sillita. Recuerdo que estaba el Cine Cumbre donde había una plazoletita, pasando la estación... que ahora está con ese puente que ¡ni pasar se puede! No lo veo bien para la gente mayor, pero bueno, ¿qué vamos a hacer? Ya no puedo ir para ese lado, hay escaleras, rampas, milongas, y antes no había nada de todo eso. Había un mercado en Av. del Tejar en donde había de todo: carnicerías, pescaderías, fiambrerías, verdulería... era un lindo mercado. Lo tiraron abajo cuando al señor Cacciatore se le metió en la cabeza hacer la autopista, que después, al final quedó en la nada. No me gustan esas cosas.”

El Barrio Presidente Roque Sáenz Peña se llamó originalmente Barrio 1º de Marzo de 1948. “Entre los destinatarios de los chalets estaban las personas desalojadas por el ensanche de la 9 de Julio. De los que vinieron primero casi no queda nadie, había mucha gente mayor que ya no está. Ahora están edificando y viene gente nueva. Nosotros nos acostumbramos al barrio, a la gente buena, y nos fuimos quedando. Antes se trabajaba mucho más y la gente vivía más contenta, pero bueno, sigue siendo tranquilo, la gente es muy tratable, simpática, cariñosa... Sigo firme. Es así la vida, hay que ir tirando como se pueda. Yo pienso que este país tiene que tener una esperanza. Yo pido para la juventud, para mí, ¿para qué...? En un país bueno como este siempre hay que tener esperanza, creo yo. Cuando la gente tiene trabajo y está contenta es muy hermoso, ¿no le parece?”





Fotos murga: El ojo murguero

Pantera

“Saavedra es Platense, Goyeneche y la murga. Podemos hablar de más de 100 años de esta cultura murguera, que se destaca por tener un baile de negro, donde se quiebra la cintura y hay mucho movimiento de hombros. Es uno de los únicos barrios que hace rumba de verdad. En Saavedra se mezcló la cultura negra con la murguera. Muchos murgueros iban a bailar a la Casa Suiza, un local histórico, donde había fiestas de negros, y ahí se originó el estilo tan identitario que tenemos para bailar. Hoy tenemos 6 murgas en el barrio: Los Goyeneches, Los Enviados, Los Magos, Los Elegidos, Los Elegantes, y nosotros: Los Reyes del Movimiento. Todas nacen de los Curdelas de Saavedra, la madre de todas las murgas. Primero fuimos Los Rejuntados de Saavedra. Antes de que empezara el carnaval del 81, nos juntamos los Curdelas con los Ambiciosos de Villa Martelli y llegamos a juntar 180 personas en 2 días. De ahí nació Los Calamares de Saavedra, del 82 al 85, y en el 86 cambiamos el nombre por Los Reyes del Movimiento”. Pantera dirige la murga desde entonces y hasta hoy, representando con orgullo a su barrio. “Desde chico jugaba a la murga en los pasillos de Barrio Mitre. Cuando los reyes magos no llegaban con el juguete, aparecía el Dios Momo y nos poníamos a jugar a la murga con los tachos de basura, y era una manera de olvidar las penas y traer un poco de alegría a la cuadra. Eso es la murga para muchos de los que vivimos en Barrio Mitre. Hoy, después de tantos años, subimos al escenario y jugamos como cuando éramos chicos. Es lo que tratamos de transmitirle a la gente: que es un juego. Somos profesionales desde otro lugar, porque hacemos lo que aprendimos jugando. La murga no es solamente un par de locos que pasan bailando y cantando, tiene mucho trabajo social detrás. Trabajamos con chicos en situación de riesgo, les damos un lugar donde cargarse de autoestima para poder llevar la vida de otra manera. No cualquiera puede darle alegría a la gente, y con la murga lo logramos. Es un trabajo de años... desde el 74 hasta ahora no dejé de salir un solo carnaval, y acá seguimos, sin perder las raíces de nuestro barrio. Es algo hermoso que me dio la vida y día tras día vivo con esto. La murga es una familia. La gente va cambiando, pero hoy por hoy somos más de 200. Yo tengo a mis hijos, a mis nietos... Saavedra y la murga son mi vida.”

Peluquería Tango

“Yo soy yo, pero somos dos: el peluquero y el cantor. Hay dos vocaciones en un cuerpo. Me dediqué toda mi vida al canto, y a los 15 años empecé con la peluquería.” Jorge Ariel, descendiente de calabreses, cantó durante 18 años en las cantinas de La Boca. “Me tenía que asegurar la comida con mi oficio, la peluquería. Vine a este hermoso barrio a los 25 años. Me acuerdo de la confitería Cristal, en García del Río y Cabildo, en donde todavía había reservados para las parejas, de El Cajón, que estaba en Cabildo y Pico, un restaurante finoli... estaban todos los restaurantes llenos, era una historia distinta de lo que es ahora. No había tantos edificios, la gente era más humilde, más accesible, y Saavedra era un barrio bien tanguero. Cuando puse la peluquería pensaba: ‘Acá duro 6 meses, si no entra nadie’. Hasta que me fui haciendo mi clientela, que hasta el día de hoy es como mi familia. Antiguamente, los chicos que paraban en Cabildo se hacían la cresta con voligoma o jabón federal. Les teñía el pelo con aerosol y se lo secaba con el secador de mano, pero había pelos imposibles de aplastar, y tenía tantos clientes que un día me cansé y compré un secador de pie. Vos imagináte a los tipos debajo de un secador de pie 50 años atrás. Tenías que poner cortinas porque les daba vergüenza”, se ríe. “Un día viene un chapista de coches y me pregunta: ‘¿me ponés esté abrigantador en el pelo?’, era aluminio molido. De noche, cuando iban a la milonga se ponían un poquito y les daba brillo, y yo ahí vi el negocio. Fue un éxito. Los clientes se iban enterando de que yo cantaba, y en esa época estaba más en auge el tango cantado que el bailado. Estuve en El Tábano como figura estelar y en la Biblioteca Popular Cornelio Saavedra con la Orquesta Villa Urquiza. Acá en la peluquería siempre ensayé mis tangos. Los clientes fueron cambiando. Muchos se me fueron, pero tengo generaciones de abuelos, padres e hijos. Acá vienen clientes que a veces no tienen plata, pero yo te corto igual, cuando podés me pagás, me da lo mismo. Soy un eterno agradecido de mi trabajo y de mi vida, porque me ocupé de mis pasiones. No quiero morirme sin que se concrete cada 15 días un show de tango en el barrio. Hoy vivo en Washington y Manzaneres y no puedo caminar porque me saluda todo el mundo. Esas cosas a uno lo agrandan, pero humildemente. Saavedra es extraordinario, no hay con qué darle.





Susi y Titi

Son vecinas desde que se fundó el Barrio Perón. Titi llegó a los 5 años, en el 50, con su familia. “Mi abuela y mi madre le dieron la carta en la mano a Eva y nos dio esta casa. Fui a la escuela Naciones Unidas, que antes se llamaba Presidente Perón. Recuerdo que vinieron Evita y Perón a bautizar a todos los chicos que no estaban bautizados, con el padre Benítez, confesor de Evita. Fue muy emocionante.” Susi llegó en el 53, con 15 años. “Cuando llegamos acá fue impresionante... me paré a ver la casa, era un sueño... Y después tuve la suerte de ser una de las primeras mujeres cadetas de la Fundación Eva Perón. El Parque General Paz era todo pasto, con los naranjos y los tilos recién plantados. Teníamos la misma calesita, la llevaba un caballito ¿te acordás, Titi?” “¡Sí! Y a mí me casó el Padre Lombardero, ‘Loco lindo’ le decíamos, hizo mucho por la gente.” Susi agrega “Cuando se descomponía el camión de mi hermano se levantaba la sotana para ayudarlo a empujar. Charlaba con todos... Acá teníamos la escuela, el Cine 17 de Octubre, la farmacia General San Martín, el correo, el restaurante La Calesita, la lechería Paterno, Vainillas Capri... no nos teníamos que ir de acá. Éramos 300 casas. Nuestra manzana tiene 24 casitas y del otro lado hay una manzana melliza. Las llamaban ‘las colectivas’ porque todas las casas tienen 2 puertas que las conectan entre sí. Nunca tuvimos un problema.” “Aunque hubo gente que no se portó bien. Las casas eran de un material excelente: los baños ingleses, las puertas de cedro... Mucha gente las destruyó...” “¡Qué lindas que eran las casitas de los jardineros que cuidaban el parque! Cuando agrandaron la General Paz las sacaron”, recuerda Susi, mientras suena la campana. “Esto es lo más lindo. Antes tocaban las 24 horas. Cuando falleció Evita hacíamos el Rosario todos los sábados. Cuando se moría alguien del barrio se tocaban las campanas de duelo e íbamos a rezarle en cuerpo presente. Hoy ni te enterás, ha cambiado, vino mucha gente nueva.” “Acá se formó Los Fantoques de Villa Urquiza. La inició mi hijo con otros chicos. Con otra mamá hicimos 110 trajes para la murga, una belleza, celestes y blancos”, cuenta Titi. “Este barrio es una belleza, ¿vos viste qué tranquilidad que hay? A la mañana me levanto temprano y miro el cielo, y a la noche las estrellas. No tiene precio. Tengo tanto que agradecer...”, concluye Susi emocionada.

Barrio Perón



Se inauguró en noviembre de 1949, AGN.



Vista del barrio ya terminado, 1949, AGN.



Panorámica del Barrio Perón, AGN, INV 206075.

Vista aérea de la Av. General Paz en construcción. La primer avenida es la actual Libertador y arriba a la izquierda se ve San Isidro Labrador, 1938, AGN, INV 184731.



Casa Alpina que ocupaban los jardineros, sobre General Paz, AGN.



Lago en Av. General Paz y Cabildo, AGN.



Av. General Paz



El señor Dellepiane, entonces propietario de Villa Cristal, que fue el primero a quien expropiaron su casa.
Grandezas y miserias de una futura gran avenida porteña
Un día de lluvia en la avenida



Transporte colectivo... A siempre tarde... cuando las calles porteñas se "agrandan".

Caras y caretas Nro 2093, 12-11-1938

"Frente al camino auxiliar, hay un restaurante cuyo propietario, don Nicolás F. Dellepiane, fue uno de los primeros en sufrir los efectos de la expropiación pues su primitiva casa ocupaba la esquina de las avenidas General Paz y Del Tejar, viéndose obligado a trasladar su negocio. Mientras conversamos con él, no cesaron de entrar y salir clientes en tal cantidad que al ver nuestra sorpresa nos dijo:

- Todos mis clientes son choferes, propietarios y peones de la línea de colectivos que tiene aquí su parada. El destino es así de caprichoso. Los esfuerzos que tienen que hacer para cruzar ese intransitable camino, les obliga a venir aquí y reponer energías... comiendo. Por eso le han puesto de nombre a mi casa La estación de engrase".

Bar 9 de Julio

Mari nos cuenta que el bar abrió hace casi 100 años, con el mismo nombre, en la esquina de Balbín y Vedia. “Mis padres llegaron de Banfield cerca del 76. Mi viejo tuvo el bar por más de 30 años hasta 2010, cuando falleció. Con mis hermanos decidimos hacernos cargo y asociarnos con Carlitos, uno de los empleados que ya trabajaba con él. Es un rubro bastante demandante, pero también es muy lindo y satisfactorio. Acá viene gente desde hace muchos años. El vecino de Saavedra es divino. No me puedo quejar, son gente laburadora, muy respetuosa. Después, hay gente de paso, que se toma su cortadito y sigue a las corridas. De chica yo venía muy poco, porque era un bar de hombres. ¡Hoy vengo todos los días!”, se ríe al caer en la cuenta. “Nací, crecí y viví en Saavedra toda mi vida. Hice el jardín y la primaria en el San Isidro Labrador. Recuerdos de infancia, los mejores: jugábamos a las escondidas y al quemado en la calle. Cuando llegaba el verano íbamos a la pileta de Platense, siempre nos movimos por el barrio. Íbamos al almacén de Pinto y Deheza, donde la gente nos confundía con mi hermana gemela. También íbamos a tomar helado a Chungo, y al kiosco de Alfredo que estaba a una cuadra de mi casa, en Freire y Pico. Hoy cambió mucho, se ven muchas construcciones entre las casas bajas. Yo vivo entre el Parque y el Dot, justo en la mitad, así que, o vamos para un lado, o vamos para el otro. Con la llegada del Dot circula mucha gente los fines de semana y cambió mucho la dinámica del barrio. Lo veo en mi hija de 11 años: el punto de encuentro con sus amigos ya no es la calle, es el Dot. Yo me sigo quedando con el parque, es precioso. Los días de sol se llena de gente de otros barrios, pero esencialmente de vecinos que salen a correr, a caminar, a tomar unos mates. Yo siempre fui, desde chica, con la bicicleta, con los patines... y después, ya siendo madre, siempre la llevé a mi hija. El calesitero me vio crecer y después la vio crecer a ella, y así pasa con un montón de gente. El tiempo pasa, pero algo se sigue conservando entre las generaciones. El shopping trajo mucha gente, pero, aún así, acá todavía se mantiene el saludo, hay mucho respeto. Después de tantos años, uno ya tiene una amistad, otro tipo de trato que trasciende el ser vecinos. Saavedra es un barrio divino, con gente buena. Yo creo que no me voy más. Ojalá pueda seguir estando acá siempre.”





Maxikiosco No Name

“Me vine de Villa Ballester y empecé a los 15 años, con Teresa, una piamontesa, y su hijo Alejandro. Es un negocio familiar. La historia del nombre es breve: no encontraban ninguno y dijeron ‘*má sí, lo ponemos en inglés*’”, se ríe. “Atender a la gente me apasiona, tener diálogo y poder ayudar en lo que pueda, con una charla, una palabra. La gente no pasa solo a comprar, a veces pasa a saludarte y a conversar. Saavedra es un barrio hermoso, de casas bajas, pocos edificios. Entre los comerciantes nos ayudamos entre todos. Por acá tenés el Fortín Salteño, la primera heladería Chungo (el dueño se ganó la lotería el día que inauguró), la Iglesia San Isidro Labrador, La Farola de Saavedra, la casa de ventiladores de acá a la vuelta... No deja de ser un barrio, aunque evolucionó mucho en cuanto a iluminación, asfalto, arreglo de plazas, transporte para todos lados. Todavía vive mucha gente grande y gente extranjera: italianos, franceses, españoles, ucranianos, alemanes, cuyas historias uno va conociendo por medio de los nietos y los hijos, que van pasando de generación en generación. Acá en Cabildo había dos boliches conocidos: Airport y Margarita. Estaba la parrilla Pachamama, y había otra en la calle Correa. Todas mis amistades están acá, en el barrio. Los sábados voy al Parque Saavedra a tomar unos mates con los amigos. Después de 26 años, uno es parte del barrio. Acá es todo muy abierto, no hace falta estar en el negocio para charlar, te cruzás en la calle. Cuando llegan las fiestas y pasan a saludarte resulta muy gratificante. Uno le toma cariño al barrio.” Mientras charlamos, atiende a un cliente: “Este es un fenómeno, es profesor de Cívica; ahí pasa Fabi con la novia; y ahí va Marcela, otra vecina, con el padre... ¿Viste? está buenísimo, nos conocemos todos. Hay mucha gente que está hace mucho tiempo, gente que resiste y no vende. Es muy tranquilo, la gente, sus negocios... parece domingo todos los días. Ojalá siga siendo el mismo barrio de siempre.” Alejandro charla con todos, y todos charlan con él, entre guiños, códigos, confianza, se despide de un cliente: “No tengo monedas, jefe, me lo das otro día”.

Gisela

Su bisabuelo, un tornero mecánico italiano, llegó al barrio en 1925. Gisela creció con sus abuelos y su madre, en una las primeras casas de la cuadra, en la calle Tronador. “En esa casa pasé la mayor parte de mi infancia y de mi vida. Yo me subía al tanque en la terraza y veía pasar el tren de carga. Estaba despejado, no había edificios como ahora. Me acuerdo que en Balbín antes estaba Plaza Este y Plaza Oeste, del otro lado de la vía. Había un terreno baldío y en frente estaba lleno de naranjos, recuerdo caminar y sentir el olor a los azahares. Estaba el famoso Tren Mixto, que era un bar y restaurante típico, también Bramanti, otro clásico, y la mercería La Victoria. Hice el colegio en la República de Turquía, que antiguamente funcionaba en donde hoy está el Discepolín. Mi tío me enseñó a andar en bicicleta en las lomitas de General Paz, donde estaba la Philips. La vereda de la casa de mis abuelos era puro juego, en los carnavales jugábamos con baldes de agua. Hacíamos asaltos con mis vecinas del barrio... Tuve vocación por la docencia desde muy chica. En diciembre estaban todos mis compañeritos preparándose en mi casa. Todavía nos seguimos viendo. Fui maestra en el Instituto Divina Providencia, y hace un año en la Centenera, pero como madre voy desde 2005, por mis 3 hijos. Mi vivencia del barrio a través del tiempo es que se trata de una comunidad muy unida. Todavía hay zonas en donde la gente tiene esa confianza: te conoce el de la panadería, el de la verdulería... Hay algo muy fraterno, pero el barrio está cambiando. Se está construyendo mucho, llega gente nueva. Fue muy difícil el tema del túnel. Más allá de que agilice el tránsito, se han ido muchos negocios tradicionales. Balbín tenía un boulevard y había conexión entre los negocios, la gente iba de un lugar a otro. El túnel hizo una gran separación y los viejos habitantes de Saavedra tienen miedo de todo esto, por eso hubo bastante resistencia y no fue muy aceptado. Yo siento a mi barrio como la familia. Mi lugar en el mundo es el parque con el mate y el sol, mientras mis hijos juegan libremente, sin miedo a que les pase nada. Me encanta seguir trabajando en el barrio, ayudar a los niños de mi barrio, caminar 6 cuadras para ir al colegio, saludarme con madres, alumnos, y ex alumnos... Acá me siento segura. Tengo la sensación de estar en mi hogar.”





Biblioteca Popular Saavedra

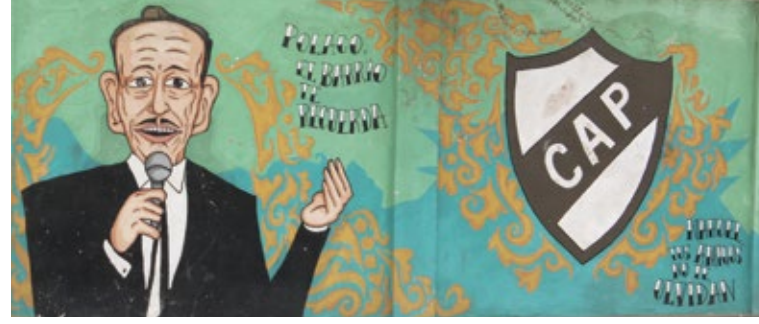
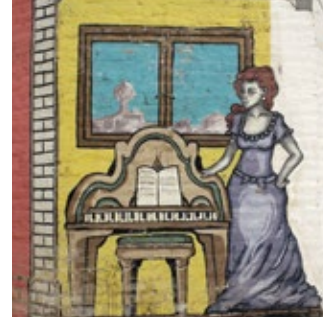
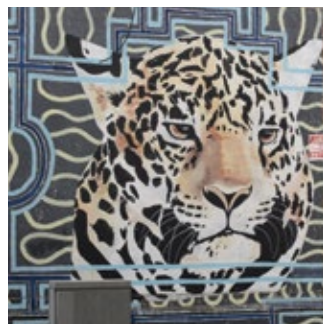
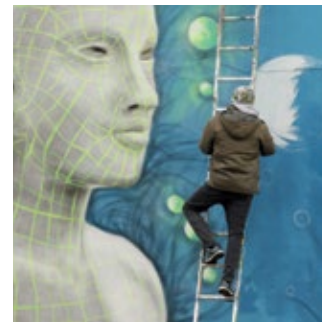
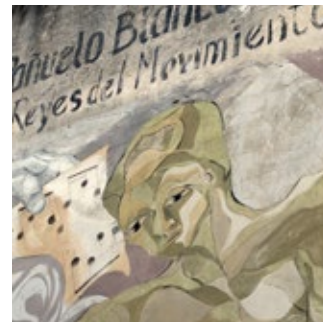
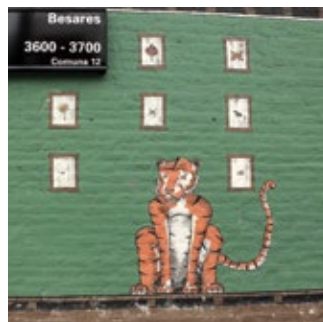
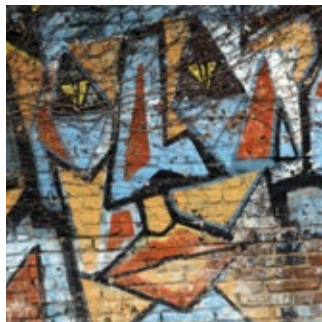
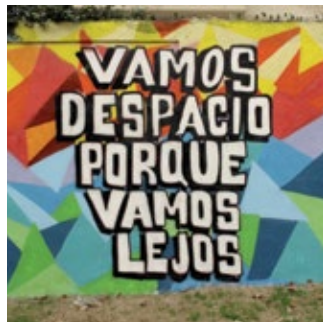
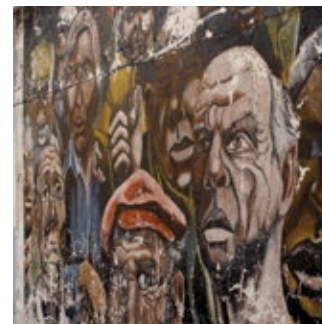
Jorge es el presidente de la Asociación Vecinal y Biblioteca Popular Cornelio Saavedra creada por los vecinos del barrio en 1918. “La Biblioteca siempre estuvo muy integrada al barrio. Creció en la época en que había muchas fábricas, cuando la mujer empezaba a trabajar. Había que hacer un lugar para dejar a los chicos, y aquí funcionó un jardín de infantes. Las épocas cambiaron. Hoy la Biblioteca se ofrece como lugar de encuentro, esa es nuestra base. Uno de nuestros desafíos es el cambio generacional, que la gente joven crea en este lugar, que se sienta humanamente cómoda. Afortunadamente, logramos que se integraran más jóvenes a la comisión, que son quienes nos van a suceder en un futuro. Esta Biblioteca la hizo el barrio y la reconstruyó en 2013, después de la inundación. Entre los vecinos surgió una solidaridad impresionante, participaron y vieron el resultado. Algunos en forma más intelectualizada, otros en forma más intuitiva, pero todos se pusieron metas, se interconectaron en la adversidad, y sentimos un enorme agradecimiento al reabrir la biblioteca. Aquí se han reunido el movimiento ambiental, los lectores y cuentacuentos de Saavedra, las asambleas barriales. Articulamos con escuelas y con otras instituciones, y tratamos de que haya un entramado común. Se recibe a todo el mundo, las puertas están abiertas. Saavedra es un barrio plural, todo el mundo se mezcla. Siempre hubo una tradición de murga muy fuerte. Gente grande y gente joven, con mucho esfuerzo y entusiasmo. La pertenencia también es fuerte en las escuelas públicas, como en mi caso en la cooperadora de la Escuela Dorrego donde se encontró la gente, nos encontramos los padres. Y eso se hace más raíz también, a partir de algo común: los hijos. Saavedra es particular: tiene desde aquella gente con tradición de muchas generaciones acá, y también tiene gente nueva. La gente valora mucho esta pequeña cosa de encontrarse con el otro en la esquina. Todavía existe, y hay temor de que eso cambie, porque la ciudad crece. El conocer al otro desmitifica, hace que nos veamos humanos. La Biblioteca es un lugar de encuentro necesario para el barrio. Algunas instituciones no pudieron mantener esta condición de asociación vecinal que nosotros tenemos todavía hoy, y estamos orgullosos de estar celebrando el año de nuestro centenario.

Pizzería Cornelio

En 2011, junto a su amigo Diego, Gabriel abrió uno de los primeros restaurantes de alrededor del Parque Saavedra. “El primer día que vinimos a recorrer el parque había un señor colgando un cartel de alquiler en este local. La única habilitación que había tenido era de una concesionaria de autos del 69. Nunca entendimos cómo entró un auto acá”, se ríe. “Al principio la remamos, pasamos el invierno y de ahí para adelante la empezamos a pasar bien, pero no solo por el hecho de que nos fuera bien, sino porque empezamos a querer el negocio. El público ha tenido épocas, pero siempre se sostuvo como sello que los fines de semana vienen familias. Ahora en 8 cuadras somos 15 restaurantes, pero cuando llegamos no había nadie. Me acuerdo que teníamos enfrente un paredón grafitado a diario, sobre la fachada de la casa de nuestro amado vecino Luisito. ¡Le propusimos pintar el Cabildo!, pero no teníamos quién lo pintara... hasta que llegó de visita Eduardo, un catalán que se quedó más de 2 años trabajando de mozo. Primero fue el Cabildo y después siguió en la ochava de Roque Pérez y Vilela con los murales de Goyeneche y 5 escenas de *Bestiario* de Cortázar, emblemáticos del barrio. Saavedra tiene esa ambivalencia de ser un lugar súper urbano, porque estás a una cuadra de la General Paz y de la Panamericana,

pero tenés pocos edificios, y tenés barrio. Saavedra es autóctono, mantiene mucho la herencia histórica. Mi abuelo, tano, vino de Santa Fe en los 60. Era fanático de Platense, fue jugador de la primera en los años 50... Yo creo que el arraigo viene heredado de los inmigrantes, esta cosa de pertenencia, de amar la esquina, el nido. La capital está desbordada. Los barrios que mantienen esta idiosincrasia y tranquilidad son los periféricos. El vecino de enfrente me cuenta que el parque tenía una laguna en el medio, Miriam la modista, el kiosquero de la vuelta, las 3 señoras que van a la Iglesia, todos te siguen contando las historias del barrio... No sé cuánto tiempo le queda con las torres y el progreso, pero todavía mantiene pertenencia, idiosincrasia e historia. Eso es lo que distingue a Saavedra.





Paredes que hablan





Iglesia Ortodoxa Rusa

En 1948 llegaron al país 10.000 exiliados rusos desde la Europa de post-guerra. La colectividad rusa creó en Buenos Aires una sólida estructura eclesiástica, eje central de la vida en el exilio. La Parroquia de la Catedral de la Resurrección de N. S. Jesucristo fue creada en el año 48, en el 55 se adquirió el terreno y en el 58 ya se efectuaron los primeros oficios. Ignacio es monje y diácono. “Nuestras parroquias surgieron en base a la necesidad de los migrantes rusos que escapaban de la persecución del comunismo, y eso hace que la mayoría de las personas que vienen sean descendientes o migrantes, lo que genera que haya una costumbre de vincularnos en base a un mismo idioma, el eslavo antiguo. No es algo establecido por los cánones de la Iglesia, pero se ha dado con normalidad. En base a esa situación histórica es que creo que a veces queda esta impronta en la conciencia de autopreservación y autoprotección: ‘Bueno, estamos mejor entre nosotros, nos conocemos, podemos dar fe el uno del otro’. No obstante, la Iglesia está abierta a todos. Una persona del barrio, si tiene un corazón sincero y está buscando a Dios, puede venir. Esta es su casa. Desde hace un tiempo, con bendición del obispo, doy los oficios en español. Ha sido un hermoso desafío para mí y también para la comunidad, porque permite que aquellos que no continuaron con el estudio del eslavo antiguo, o no mamaron en su casa el ruso, puedan venir. Nosotros en Pascua salimos, damos una vuelta al templo y los vecinos generalmente participan de la peregrinación. La primera vez que participé de una Pascua en Saavedra me llamó la atención cómo miraba la gente desde sus balcones, con una mirada atenta y participante. Eso es algo muy propio del barrio, el no ser indiferente al otro. Quizás yo no tengo demasiado contacto con el vecino que está en frente, pero sí sé quién es, sé quiénes son sus hijos y si necesita algo voy y le tiendo la mano. Y eso es algo que para nosotros siempre ha estado disponible aquí. Otro rasgo importante es el tiempo, el ritmo propio del barrio, algo ideal para esta comunidad. Estamos a unas cuadras de Cabildo, del subte, con una accesibilidad muy buena, que facilita la llegada de quienes viven lejos, pero aún así tenemos mucha tranquilidad. Saavedra nos ha permitido crecer con una identidad propia, respetándonos. El barrio nos ha integrado.”

Ricardo

Venta de frutas y verduras de Ricardo García lleva casi 40 años en Vilela y Tronador. “Esto era una zapatería. En el sesenta y pico empezó como verdulería. Yo vine por un primo que necesitaba un empleado por 20 días y me terminé quedando. ‘Voy a probar un par de años’, me dije, y acá estoy. Esta parte del barrio está prácticamente igual a cuando llegué. Faltan los vecinos, pero no se perdió la característica de ser un barrio de casas bajas y de gente vieja. Hace poquito se nos fue Horacio, el vecino más longevo, con 102 años. Tengo por lo menos unos 12 clientes que son los mismos que cuando empecé. Ahora atiendo a sus hijos y sus nietos. Nací en este barrio, al lado de la Nestlé. Hoy lo llaman ‘bajos de Núñez’, pero no, ¡es Saavedra! Es ‘el barrio de Los Tachos’, como se le decía antiguamente, porque había un taller mecánico grande que arreglaba taxis Siam Di Tella, y cuando pasabas por ahí era normal encontrar 30 o 40 taxis; lo único que se veía ahí era negro y amarillo. Nuestra cancha era la vereda de la Nestlé, que le puso luz de mercurio a toda la calle cuando no había en ningún lado, ¡para nosotros era un estadio! A las 3 de la mañana era de día, una cosa de locos. Por la zona de Balbín había muchos bares, como el Platense, un bar largo, donde paraba Gatica y había un señor que rompía las guías con las manos. Lo sé porque mi abuelo vivía por Ruiz Huidobro, y mi papá me llevaba a tomar un vermú los domingos con él. Estaban el Tren Mixto, La Sirena, La Alborada y Los Picapiedras y una pizzería que se llamaba San Quintín, en Tamborini y Balbín, adonde iba Goyeneche a tomar campari. Avenida del Tejar, hoy Balbín, era una calle empedrada con una plazoleta en el medio, y en la esquina de Plaza había un busto de Almagro que lo fueron corriendo. La última vez que lo vi estaba por Miller y Balbín [*risas*]. Muchos dicen que es un barrio que no progresa, y yo digo que no, no es un barrio que no progresa, es un barrio que eligió vivir así. Un edificio no te trae progreso... Saavedra es diferente a un barrio donde todo es de paso. Acá de repente tenés 2 o 3 clientes y se arma una reunión futbolística de una hora. He logrado tener pocos clientes y más amigos. Mis clientes ya dejaron de ser clientes para ser amigos, porque realmente es lo que son.”





Pablo

Vive en Saavedra desde que nació y fue uno de los primeros feriantes del Parque Saavedra. “Mi abuela y mis viejos se vinieron de Munro entre el 60 y el 70 a trabajar en la Philips. La mayoría de los empleados eran vecinos de Saavedra. Era algo que hoy no hay, vivir a una cuadra de donde trabajabas... Afortunadamente me pasa a mí hoy por hoy, que trabajo en mi barrio. Con la feria arrancamos en medio de la crisis de 2001. Una vecina conocida del barrio, la abuela Cata, que hoy tiene casi 90 años y sigue viniendo a la feria, un día se puso al lado de un arbolito con un carro y empezó a vender remeras y blusas. Después, otro vecino empezó a vender pan casero, luego llegó un verdulero, y con el tiempo se fue llenando de mucha gente que estaba con problemas de laburo.” Entre todos esos vecinos del barrio estaba Pablo. “Me armé un puesto de pesca. Después se empezó a llenar y en el 2004 llegó a haber cerca de 700 puestos que daban la vuelta a todo el parque. Quisieron sacar la feria del parque, y con un grupo de feriantes hicimos la Asociación Civil Feriantes de Parque Saavedra, y hoy en día somos 300 puestos. Por lo menos la mitad son de la provincia, y la otra mitad de capital. Hoy en día tengo clientes de hace 14 años a los que todavía les fío. El fin de semana, durante un día lindo, el parque explota de gente, pero es gente del barrio. En el Parque General Paz, en cambio, hay mucha gente de Villa Urquiza, Villa Pueyrredón y de San Martín, porque está bien pegado a la General Paz.” Pablo creció en el barrio, siempre fue hincha de Platense y toda su niñez y su vida deportiva transcurrieron en el club y en el Parque Saavedra, que hoy sigue eligiendo. “Dos veces por semana nos juntamos a comer con los comerciantes de la zona de hace 30 o 40 años. Vamos a la Parrilla de Justo, que debe tener 65 años en el barrio. A Justo lo conozco de chiquito porque mi viejo me llevaba a comer ahí. Justo ya dejó, tiene casi 90 años, pero está el hijo, y yo sigo yendo al mismo lugar. Esas cosas te reconfortan porque es gente que conocés de chico. Es algo lindo ir a las 6 de la mañana a la Estación Luis María Saavedra y encontrarte con 10 personas, y saludarte con las 10 porque son vecinos de toda la vida. Me gusta estar acá ya que tengo a mis amigos, mi familia y mi trabajo. Toda mi vida está dentro de mi barrio.”

Mónica

Fue vicedirectora de la Escuela del Barco Centenera y lleva más de 43 años de docencia ininterrumpidos. “La Centenera es la característica construcción Cacciatore. Antes de estar en la calle Roque Pérez, funcionaba en donde hoy está la Técnica Fragata Sarmiento. Era como si fueran 2 escuelas en una, 2 mundos distintos. En el turno mañana la población era de los alrededores, mis vecinos, y a la tarde venían los chicos del Barrio Mitre. Yo me sentía más a gusto con el turno tarde. Se manejaban más solitos, sin los padres, y yo tenía mucha comunicación con ellos, nos queríamos. Hay veces que, cuando estoy barriendo la vereda, todavía hoy pasan —ya son grandes— y me dicen ‘¡Chau Vice!’” Mónica vive en Saavedra desde el 86. “Me casé y me vine de Villa Pueyrredón. Cuando llegué no me gustaba, no conocía a nadie. Después nacieron mis hijos y me empecé a querenciar mucho con el barrio. Con mi marido nos íbamos al Hogar Obrero a hacer las compras, caminando por el medio de la calle porque no había tráfico. Había pocos negocios, tenías que irte al centrito comercial de la avenida Balbín. Los fines de semana íbamos al Parque Saavedra y me quedaba sentada mientras los chicos jugaban horas. En el verano les armaba la pelopincho y venían los hijos de los vecinos y de las maestras de la escuela. La única torre que existía era la que hay en Balbín y García del Río. Es un barrio de gente grande, entonces muchos vecinos van falleciendo y las constructoras avanzan. Las mejores casas se vendieron por nada después de las inundaciones, la gente se asustó tanto... pero nosotros resistimos, y eso que perdimos un montón de cosas... Uno podría hacer negocio, pero no, yo amo mi barrio y no lo cambio por nada. Acá salís a la calle y siempre hay una palabra con alguien. A la noche voy al Spilimbergo a hacer yoga, tai-chi y dibujo. Fui una de las primeras alumnas”, cuenta orgullosa. “A mí me gustan muchísimo los animales. Tengo perros, gatos, pájaros. Me gustan las plantas y la vida al aire libre, por eso me encanta este barrio, porque si algo lo caracteriza es lo verde. Si acá venís a la mañana, en mi jardín me están esperando hace años una pareja de palomas turcas y un montón de torcacas. Yo les tiro el maíz y bajan, llueva o truene. Eso no lo pagás realmente con nada. Acá todavía bien temprano se escuchan los zorrales y las calandrias. Y yo que renegaba cuando llegué, no sabía lo que decía...”





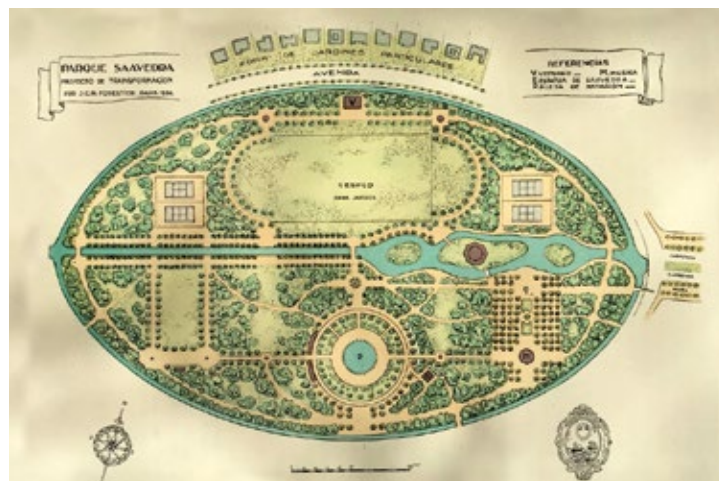
El Fortín Salteño

“Mis padres llegaron de Salta y se casaron en la Iglesia San Isidro Labrador. En el 45 pusieron el local, con todas las recetas tradicionales de Salta. Fueron pioneros en el barrio. Después de que falleció mi papá empezamos a ayudar a mi mamá, y toda la familia puso esfuerzo y pasión en el negocio. Era un barrio tranquilo, de muchas familias. Recuerdo las quintas de verduras, los viajes en tranvía al colegio, los baldes en carnaval. Era otra historia. En la Parroquia Santísima Trinidad o la San Isidro Labrador había un libro donde se ponían los cumpleaños de la gente que asistía a misa, había una revista parroquial, todo el barrio estaba comunicado y sabía lo que estaba pasando”, nos cuenta Amalia. Horacio, su hermano, recuerda: “Estaba el Bar Correa, al que solo podían ir hombres. Jugaban al dominó por plata, y cuando caía la policía ¡ponían porotos! [risas]. En Saavedra hay rituales que se mantienen. Cuando juega Platense vienen todos a festejar, o van a la misa de las 19 y después vienen a comerse una empanadita. Aunque los vecinos van cambiando, los clientes de siempre siguen viniendo.” “Saavedra es algo muy especial en la Capital. Mantiene las casas antiguas, tiene museos, bibliotecas, centros culturales, muchas escuelas y asociaciones vecinales. Tiene mucha cultura. Yo estoy muy contenta de seguir acá. Afortunadamente, hoy nos ayudan nuestros hijos, porque esto lo tiene que proseguir otro. Fue hecho con mucho esfuerzo y es un sueño que siga en manos de la familia. El negocio es un bienestar para nuestros hijos y para los empleados, de más de 30 años”, se enorgullece Amalia. “Los motoqueros son del barrio, de Platense, y casi todos participan de la murga Los Elegantes de Saavedra”, cuenta Horacio. Amalia interrumpe: “¡Platense y la murga... es algo que viene adherido a ellos! En carnaval yo me quedo sin los chicos, lo único que me dejan es la moto [risas]. El Fortín se hizo un nombre, sentimos orgullo y cuidamos su prestigio. Estamos en Saavedra, y Saavedra tiene su tradición, su marca, igual que nuestras empanadas. Marca y tradición, eso es lo que nos enseñaron a preservar nuestros padres.”

Postal, 1920. Republiquetas y Cabildo.



Proyecto Parque Saavedra, 1924.



Lechero en Av. del Tejar (hoy Balbín) y la que sería General Paz. Caras y Caretas, 1938.



Chóferes de la línea 19 en Chacarita, Buenos Aires c.1930. AGN, INV 233.



Calle Correa, 1938



Museo Histórico Cornelio de Saavedra.

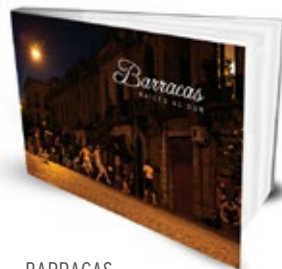


Estación Luis María Saavedra.

Otras publicaciones de Rumbo Sur / descarga gratuita

BARRIOS Y VECINOS

Fortalecer la idea de barrio, recuperando desde la historia y el testimonio de los vecinos, el sentido de pertenencia que hace único a cada barrio porteño. Identidad y valores desde donde construir una mejor convivencia y propuestas de futuro.



BARRACAS



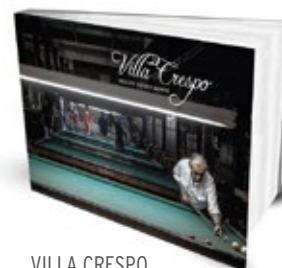
LA BOCA



SAAVEDRA



SAN TELMO



VILLA CRESPO

COLECTIVIDADES



ARMENIOS



IRLANDESES



GENTE DE TEATRO



SEMILLERO MURGUERO



GUÍA DE SERES
FANTÁSTICOS PORTEÑOS

CULTURA EN MOVIMIENTO

MUNDO QUINQUELA

La vida del gran artista y líder social que transformó su barrio para siempre. La Boca en un tiempo grandes artistas proletarios de la época. Ilustrado a partir de su vasto archivo personal.



EL HIJO DILECTO



EL CARBONERO PINTOR



SOÑAR LA BOCA



DE ARTE Y LOCURA

ASOCIACIONISMO



BOMBEROS DE LA BOCA

Visitá rumbosur.org y conocé nuestros trabajos
Más libros, videos y documentales.



Seguinos y participá de sorteos
[/rumbosurorg](https://www.instagram.com/rumbosurorg)



[/rumbosurorg](https://www.facebook.com/rumbosurorg)

DESCARGA
GRATUITA



WWW.RUMBOSUR.ORG

Dirección de proyecto
Pablo José Rey

Realización general,
entrevistas y fotografía
Magdalena Siedlecki

Equipo editorial
Carlos Iglesias
Juan Manuel Lacalle
Pablo José Rey

Archivo
Archivo General de la Nación
Junta de Estudios Históricos
de Núñez y Saavedra
Instituciones y vecinos

Diseño gráfico
Pablo José Rey



Saavedra : con épica de barrio / Magdalena Siedlecki ; Pablo José Rey ; fotografías de Magdalena Siedlecki. - 1a ed. ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Asociación Civil Rumbo Sur, 2018. 96 p. ; 17 x 24 cm. - (Barrios y vecinos / Pablo José Rey ; 5)

ISBN 978-987-4474-17-9

1. Historia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 2. Patrimonio Cultural. 3. Patrimonio Histórico. I. Siedlecki, Magdalena II. Siedlecki, Magdalena, fot. III. Título. CDD 982.11

Gracias



A la Junta de Estudios Históricos de Núñez y Saavedra
y a la Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires.
Al Museo Histórico Cornelio Saavedra.
A Hugo Campos, Nélide Pareja, Eduardo Simone y Marcelo Weissel.
A Ayelén Arias Gómez, Marina Cardozo, Alexis Reyes, Josefina Cicchini,
Martín Viqueira, Emiliano Císaro, Mariana Zorrilla
y todos los vecinos e instituciones que colaboraron
y acompañaron la realización de este libro.

Visita rumbosur.org y conocé nuestros trabajos
Más libros, videos y documentales.



Seguinos y participá de sorteos
[/rumbosurorg](https://www.instagram.com/rumbosurorg)



[/rumbosurorg](https://www.facebook.com/rumbosurorg)



Este libro ha sido descargado para uso personal. Prohibido su comercialización.